

¡SATANISMO!

CURTIS GARLAND

«El viento levantó oleadas de polvo en la extensión desértica que me rodeaba.

Era un fenómeno habitual en semejante lugar. Sin embargo, sentí un estremecimiento.

Creo que fue la primera vez que intuí algo. Luego, sucedería en otras ocasiones. Pero aquélla fue la primera. Como una premonición. Instintivamente, sentí miedo. Miedo irracional, quizá estúpido.

No había razón para estremecerse. El calor era intenso y muy seco.

Sin embargo, sucedió así. Contemplé la piedra que acababa de desenterrar. El sol hizo destellar su gastada superficie verdosa con un brillo mortecino, y tuve la impresión de que, bajo el polvo acumulado en ella durante siglos, había inscripciones en la piedra singular. Pero tendría tiempo y medios para limpiarla y examinarla concienzudamente en la tienda, más tarde, o quizá en el museo, posteriormente».



Curtis Garland

¡Satanismo!

Bolsilibros: Selección Terror - 151

ePub r1.1

xico_weno 03.09.16

Título original: *¡Satanismo!*
Curtis Garland, 1976

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

«La mayor treta del Diablo es hacernos creer que no existe».

Charles Baudelaire.

«Un invisible poder personal que dirige las fuerzas del Mal contra las leyes divinas, para hacer daño al hombre».

El Diablo. (Definición de la Enciclopedia Católica).

PRÓLOGO

El viento levantó oleadas de polvo en la extensión desértica que me rodeaba.

Era un fenómeno habitual en semejante lugar. Sin embargo, sentí un estremecimiento.

Creo que fue la primera vez que intuí algo. Luego, sucedería en otras ocasiones. Pero aquélla fue la primera. Como una premonición. Instintivamente, sentí miedo. Miedo irracional, quizá estúpido.

No había razón para estremecerse. El calor era intenso y muy seco. El aire olía a polvo y a sol. No había tampoco motivo para tener miedo. Estaba solo, era cierto. Pero la soledad había sido siempre uno de los estados ideales para mí. Me permitía pensar. Reflexionar y hacer balance de muchas cosas.

Sin embargo, sucedió así. Contemplé la piedra que acababa de desenterrar. El sol hizo destellar su gastada superficie verdosa con un brillo mortecino, y tuve la impresión de que, bajo el polvo acumulado en ella durante siglos, había inscripciones en la piedra singular. Pero tendría tiempo y medios para limpiarla y examinarla concienzudamente en la tienda, más tarde, o quizá en el museo, posteriormente.

La tomé con cuidado, casi con mimo. Y la envolví en el paño, guardándola entre mis útiles, en la parte posterior del «Willis Land Rover». Mis dedos rozaron la culata del rifle de repetición, poderoso y dotado de mira telescópica. Giré la cabeza, aprensivo, como si con los ramalazos de viento del desierto, me hubiera llegado algo más. Algo indefinible, que estaba allí, a mis espaldas, aunque yo no pudiera verlo ni oírlo.

No. No había nada. Sólo el desierto, las ruinas de las excavaciones, las altas figuras pétreas, representando viejas

divinidades babilónicas.

Me estaba dejando llevar por la imaginación. Quizá Babilonia, la vieja y mítica Babilonia de los pasajes bíblicos, impresionaba siempre, con sus ruinas milenarias, con sus bajorrelieves mitológicos, hechos de dioses y de demonios, representando espíritus benéficos o malignos, en extraña e ingenua mescolanza.

Nada de todo aquello tenía apariencia alguna espantosa. Eran solamente eso: residuos de una antigua y gran civilización, perdida en la noche de los tiempos. Un hermoso manantial de maravillas para los investigadores y los escritores.

Miré a mi alrededor. El viento silbaba, al pasar por las rendijas de algunas de las milenarias piedras gastadas por la intemperie y por la acción del tiempo. Su sonido resultaba inquietante, casi fantástico. Como un lamento llegado del más allá. Como una voz de otro mundo, clamando en vano en aquel desierto silencioso, árido y polvoriento.

Tomé mi decisión. Subí al vehículo. Lo puse en marcha, cruzando previamente el rifle sobre mis piernas, aún no sé por qué.

Estaba solo. Lo sabía. Y, sin embargo, algo me preocupaba. Quizá el hecho de intuir una presencia extraña, misteriosa y fantástica, invisible e intangible. Alguien a quien yo conocí ya una vez. Alguien que me inquietaba y me hacía sentir una aprensión escalofriante, aunque nadie fuese capaz de presentir su vecindad.

Creo que cada vez estaba más seguro de algo. Y que, al alejarme de aquellas piedras milenarias, dispersas en el desierto, como uno de los escasos recuerdos de la fabulosa Babilonia que una vez fue pasmo del mundo, y cuyo apocalipsis quizá era como el anticipo de todos los apocalipsis que fueron y serían, el viento, en su juego de sonidos por las rendijas e intersticios pedregosos, cambiaba su sibilante ruido de antes por otro más ronco y agrio.

Como una carcajada.

La carcajada de un dios maligno, de un espíritu del Mal, erguido entre otras figuras milenarias de aquellas ruinas. La risa demoníaca de Marduck, el Diablo de los mesopotámicos…

Marduck, el demonio más poderoso de Babilonia, según «El Poema de la Creación». Una forma, una más, una cualquiera, del Adversario de siempre.

Un Adversario llamado Satanás.

Un enemigo a quien yo conocía ya muy bien, aunque nadie me hubiera creído tal cosa, de haberla afirmado. Y menos hoy, en nuestra masificada, materialista y escéptica sociedad. Una sociedad que no cree en el Adversario, quizá porque lo tiene demasiado cerca, incorporado a sus propios usos y costumbres, a su vida cotidiana…

Pero yo… yo sabía que era algo más que eso. Mucho más que un mito religioso o una imagen retórica.

Yo sabía…

Por eso aquel día caluroso, de viento y polvo, en los desiertos mesopotámicos, entre ruinas del gran imperio babilónico perdido para siempre en el pasado, tuve miedo.

Por eso temblé.

Por eso, cuando mi «Land Rover» me alejó de allí, rodando entre una áspera polvareda, creí seguir oyendo a mis espaldas aquella risa, hueca y sonora, burlona y estridente, como una mofa desafiante al hombre que conocía al Diablo. Que lo había visto ya una vez, cara a cara…

Y que, y esto era lo peor, tuvo en esos momentos el presentimiento terrible de que no fue ésa la última vez que tal cosa sucedería.

Porque entonces, mientras las ruinas babilónicas se perdían a mis espaldas, supe que nos volveríamos a encontrar, no tardando mucho.

En alguna parte. Otra vez. En una lucha a muerte, donde nadie daba ni pedía cuartel…

Capítulo primero

Había visto antes el rostro de la chica en los periódicos y en la televisión.

Sabía que era una homicida. Cuando menos, la buscaban por ese delito. Se parecía extraordinariamente a las fotografías difundidas por los medios de comunicación. La reconocí inmediatamente.

Era quizá más bonita, más delicada. También más joven, menos dura y agresiva. Supongo que es lo que sucede siempre con esas fotografías que distribuye la policía. Como en los pasaportes y documentos de identificación, uno siempre parece un criminal.

Pero aquella muchacha, además, era una criminal. La perseguía la policía de todo el estado de California. Y creo que de algún otro Estado más, si la memoria no me era infiel. Incluso el FBI andaba metido en el asunto. Pero yo no siento especial debilidad por el FBI. Lo han mitificado demasiado. A veces, sus agentes no se diferencian demasiado de los pistoleros y los *gangsters*, desgraciadamente.

Lo cierto es que la chica me cayó simpática. Acaso me inspiró piedad, no sé. Cuando menos, no sentí miedo al verla. Ni siquiera inquietud o sobresalto. Sencillamente, tuve el deseo inmediato de ayudarla. Y creo que ella lo supo, aún dentro de su actual estado de criatura indefensa, aterrorizada, acorralada como un animal herido al que acosan sus cazadores.

—No tema —fue lo primero que le dije—. No soy policía.

—¿Importa mucho eso? —replicó ella, amargamente—. Su obligación, como ciudadano, es entregarme a las autoridades. ¿No ha escuchado el boletín por televisión?

—Claro. Pero no simpatizo con la televisión —reí—. Ni con muchas cosas con las que pretenden masificarme.

—De todos modos, tiene que entregarme. De otra forma, se convertiría en encubridor mío. Y eso es un delito. Un delito grave.

—Habla como un abogado, jovencita —suspire, moviendo la cabeza—. Vamos, suba. La llevaré a alguna parte. Está extenuada. Y si no va a caer más agua de la que jamás vieron sus ojos, no tardando mucho, es que yo no sé lo que me digo ni he vivido años enteros a la intemperie.

Subió al coche. Creo que estaba más asustada de lo que pudiera haberlo estado cualquier otra persona al verse ante alguien que la suponía una homicida reclamada por la ley. Y, sin embargo, ella era la culpable, la perseguida. Eso no encajaba bien, a menos que estuviera rota, vencida por su lucha desesperada contra el cerco policial.

Arranqué. El cielo, sobre nosotros, tenía un color plomizo, casi negro. El aire olía a sulfuro, y se podía captar la humedad con sólo dilatar un poco las fosas nasales o con tocar la piel, húmeda y pegajosa.

Me miró de soslayo, angustiada. Era de estatura más bien baja. Menuda y esbelta. Ojos color de miel, cabellos color de cobre. Podía tener veinticinco años. Pero aposté a que sólo contaría veintitrés. Llevaba sus ropas empapadas, pero aún no había llovido. Tal vez cruzó un río o se metió en alguna charca.

—¿Por qué hace esto por mí? —la oí murmurar, con voz quebrada.

Me encogí de hombros. No la miré.

—No sé —dije—. Son cosas que se hacen sin pensar.

—Es peligroso.

—Tal vez sí.

—Yo… yo podría ser la mujer asesina que ellos dicen.

—Claro. Ya he pensado en ello.

—Pero no lo soy. Lo juro. Usted no me creerá, claro.

—No soy yo quien debe creerla, criatura. Convénzales a ellos.

—No puedo. Me encarcelarían inmediatamente. Me acusarían. Y me condenarían por ello.

—Éste es un país libre. Le proporcionarán un abogado. Y medios para defenderse. Disfrutará de un juicio justo, no lo dude.

—¡Justo! No hay nada justo en acusar a una inocente y condenarla.

—¿Por qué está tan segura de que la condenaran?

—Sé que lo harán, eso es todo. Basta para mí. Por eso no quiero

que me den caza.

—¿Qué espera ganar con huir durante todo el tiempo? Un día u otro se acabará su buena suerte, y ellos caerán sobre usted como halcones. Incluso puede que disparen y la maten. ¿Merece la pena correr ese riesgo?

—Sí —dijo fríamente—. Cualquier cosa es mejor que entregarse y darse por vencida.

Esta vez sí la miré, intrigado. Me sorprendía su decisión inquebrantable. Poca fe tenía en nuestros sistemas jurídicos, la verdad. ¿O es que, realmente, se sabía culpable?

Sus ojos grandes e ingenuos no me revelaron nada especial. Podía ser una bonita embustera o una auténtica víctima de las circunstancias. Realmente, yo no podía afirmar una cosa u otra. Ni siquiera era problema mío. Pero a un escritor deben preocuparle ciertas cosas. Especialmente, a un escritor curioso y entrometido, como yo.

—Voy hacia un lugar de vacaciones —dije—. Es nuevo para mí. Arrendé una finca en la montaña. Sólo por una temporada. Tal vez allí no dieran contigo. Pero es sólo una posibilidad.

—Entiendo —sus ojos recelosos me miraban fríamente ahora—. ¿Usted haría eso por mí?

—Quizá —admití vagamente.

—¿A cambio de qué? —quiso saber, más recelosa todavía.

Sonreí. Había esperado algo así. Sacudí la cabeza, de un lado a otro.

—No soy un aprovechado —dije.

—Todos los hombres lo son, de un modo u otro —objetó ella secamente—. ¿Ha pensado cobrarse un servicio con otro? Es posible que no tenga otro remedio que aceptar. Pero recuerde que me acusan de haber matado a un hombre.

—No lo olvidé —encogí los hombros, virando una curva amplia de la bien asfaltada carretera que circulaba entre frondosas arboledas. Allá, bastante lejos aún, tamborileó el trueno sordamente. El cielo era ya como una mancha de tinta suspendida sobre nuestras cabezas—. Pero no he dicho que piense pasarte factura sólo por darte asilo una noche de tormenta.

—Tormenta… —Se estremeció, mirando al oscuro celaje. Cruzó sus brazos sobre los senos jóvenes y vibrantes—. Dios mío, como

aquella noche…

—¿Qué noche?

—La del crimen… También había tormenta. Llovía fuertemente sobre Reno…

—Reno, Nevada —asentí—. Sí, estaba seguro de que no fue en California… De modo que logró cruzar la divisoria…

—Sí —afirmó—. Lo hice. Pero cualquier sitio es malo. El FBI se ocupa del caso.

—Lo oí decir —suspiré—. ¿Tu nombre es Virginia Tatcher?

—Sí. Virginia Tatcher. Pensaba poder llegar a San Francisco…

—Estabas en el buen camino. ¿Y después?

—No sé. Tal vez algún barco pudiera llevarme lejos, a Hawaii, a Canadá, a Tahití…

—Actualmente no hay distancias, Virginia. Existe algo llamado extradición…

—¡Tiene que haber algún lugar, un sitio dónde refugiarse y vivir…! —clamó.

—No es fácil llegar a ese lugar. Ni siquiera a San Francisco —suspiré, señalando ante nosotros, a la carretera—. Mira: ya empiezan los problemas. La policía cierra el paso. Es un puesto de control. Imagino que montado en tu honor, muchacha…

Noté su violento espasmo de terror. Clavó sus ojos amedrentados en el sendero de asfalto, amplio y sinuoso, en torno a las crecientes elevaciones del terreno, indicio de la llegada a las montañas.

—¡Dios mío! —jadeó, aferrándome el brazo con un impulso histérico—. ¡Vuelva atrás, pronto! ¡Atrás! O me cogerán ellos…

—Serénate, Virginia —recomendé fríamente—. Ya nos han visto. Volver atrás, significaría delatarse. No tardarían ni cinco minutos en darnos caza. Les bastaría comunicarse por radio con otras unidades patrulleras.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —gimió.

—Déjame a mí —dije gravemente—. Vamos a intentarlo todo. Pero me temo que no sería posible hacer gran cosa, con ese gesto de tu rostro… Te vas delatando a ti misma, muchacha.

—¿Qué puedo hacer para evitarlo? —musitó.

—Tú, nada. Yo lo haré por ti —sonreí. E inmediatamente, le solté el directo al mentón, seco y contundente. Rodó su cabeza o un lado, quedando inerte en el asiento, con sus ojos en blanco.

Había reducido la velocidad, como si me dispusiera a frenar dócilmente tras el coche que en estos momentos estaba revisando la patrulla de carreteras, a menos de doscientas yardas de donde yo me hallaba en esos momentos.

Lo cierto es que esta marcha lenta me facilitaba las cosas, antes de arribar al control policial, formado con dos automóviles patrulleros cruzados, un agente provisto de rifle, y otro con la mano cerca de la culata de su revólver reglamentario. Otros dos policías permanecían sentados, a la expectativa.

Manejando con un solo brazo el volante, utilicé el otro en sacar un pañuelo de cuello de mi compartimento del tablier, y ponérselo a la chica en torno a su cabeza, cubriendo el color de sus cabellos totalmente. Le apliqué unas gafas de sol muy oscuras. Luego, puse en su bolsillo un pequeño portadocumentos donde aún estaban la tarjeta de crédito, el permiso de conducir y la tarjeta de Seguridad Social de Janet. Era todo cuanto necesitaba. Se me había ocurrido poco antes, como una de esas luminosas ideas que pueden sacarle a uno de un apuro gravísimo.

Janet era solamente una buena amiga mía. Afectuosa, más bien amorosa conmigo. Pero sólo amiga. Sabía que no pretendía casarme. Ni con ella, ni con nadie. Pero Janet aceptaba las cosas como eran. Nunca quería forzar a nadie a cosa alguna contra su voluntad. Le gustaba mi compañía. Y la aceptaba en su justa dimensión. Sin exigir más de mí.

Janet estaba ahora en el hospital de San Bernardino. No era nada grave, pero requería un par de semanas de reposo. Su accidente había sido al salir de mi coche. Y en el apuro del momento, olvidé entregarle sus documentos. Por fortuna, no llevaban fotografías. Sólo datos y nombres. Y una firma.

Detuve el coche cuando me llegó el turno. Mostré mis documentos. El policía miró inmediatamente a la muchacha, con recelo.

—¿Y ella? —preguntó secamente—. ¿Es su esposa?

—Bueno, siempre digo que sí… en los hoteles y en otros lugares —sonreí, con un guiño—. Pero supongo que con ustedes es distinto. Está algo enferma. La llevo a casa de un amigo mío, que es doctor y cirujano. En fin, considérenla como mi esposa… pero sin ceremonia nupcial por medio.

—Ya. Supongo que podrá demostrar eso, darnos su identidad… —Se dispuso a zarandearla suavemente, pensando que dormía.

—No, por favor —rogué vivamente—. Está bajo el efecto de sedantes. Es una dolencia de tipo psiquiátrico, en cierto modo. Requiere mucho descanso. Mi amigo va a darle un tratamiento nuevo, si ello es posible… Pero espere, agente. Aquí lleva sus documentos.

Saqué el portadocumentos. Examinó uno a uno los que contenía. La miró, pensativo. Luego, me devolvió todo.

—Está bien —dijo—. Pase. Es mejor que ese médico la vea cuanto antes. No tiene buen aspecto…

—Gracias, agente —me dispuse a arrancar. Antes, indagué, con tono curioso—. ¿Puede decirme a quién buscan? ¿Algún atracador de Bancos, o cosa parecida?

—No. Una mujer —me informó—. Una asesina peligrosa, una psicópata. Si ve a alguna por el camino, que viaje sola y haga *auto-stop*, no se detenga por nada del mundo. No la tome en su coche. Podría ser Virginia Tatcher, una homicida.

—Gracias por el aviso, agente —resoplé—. Yendo solo, aún es posible que picara el anzuelo. Pero con ella aquí… ni siquiera bajo los efectos de los sedantes me fiaría de su sueño…

El policía se echó a reír, asintiendo. Me despidió con un gesto de su brazo, y pasé adelante, con un suspiro de alivio. El control quedó a mis espaldas. Otros tres coches esperaban su turno.

Miré a mi acompañante, que dormía aún bajo los efectos del golpe al mentón. Sonreí. No me parecía peligrosa en absoluto. Seguía inspirándome simpatía. Y lástima.

Pero no podía llevarla conmigo. No hasta el final. A fin de cuentas, no iba a estar solo. ¿Qué dirían los Beagle de la presencia de una desconocida en casa? Una desconocida que, tal vez, no lo fuese tanto, si habían visto su rostro por televisión. A ellos no podía engañarles. Conocían sobradamente a Janet. Y Martha Beagle era todo lo astuta que su esposo, Archie, tenía de imbécil. No sostendría el engaño ni un minuto. En cuanto a la reacción de los Beagle, si Virginia llegaba conmigo a la casa en las montañas, era previsible, casi inexorable: llamar a la policía y entregarles a la chica. Eso es lo que harían.

Fruncí el ceño. La carretera comenzó a hacerse más empinada. Los Montes de Santa Ana comenzaban a hacerse ya abruptos, cubiertos de vegetación. Encima mío, el cielo era intensamente negro. Tamborileó un trueno cercano. Luego, descubrí un trallazo de luz en la distancia, rompiendo lívidamente los nubarrones, y otro trueno más potente fue rebotando de rimaren cima.

Inmediatamente, comenzó a llover.

CAPÍTULO II

—¿Cómo podré agradecérselo?

—No me des las gracias. Todavía no —suspiré—. Sencillamente hemos penetrado en un cerco. Lo difícil será salir de él. Estas montañas están ahora bloqueadas, por si te hallas dentro. Y otros cercos exteriores tratan de evitar que entres, o que huyas, si estás fuera.

—Parece que no hay escapatoria. Es un callejón sin salida…

—Ellos procurarán que lo sea, muchacha. Salvar aquel control fue milagroso. El pañuelo y las gafas no eran suficientes para cambiar tu rostro. Por fortuna, el agente no debía recordar muy bien tus facciones.

—Me dio un buen golpe —se tocó el mentón, con gesto de dolor —. Pero valió la pena. Sé que lo hubiera echado todo a rodar, de estar consciente.

—Es lo más probable —acepté, con un encogimiento de hombros, conduciendo sin mucha velocidad, por la serpenteante carretera que iba remontando las alturas de Santa Ana, entre peñascos, arboledas y casas aisladas de vez en cuando, a ambos lados del camino. Al volver una curva, a nuestra izquierda se abrió un abismo profundo, con hendiduras recubiertas de vegetación. La lluvia tornaba resbaladiza y peligrosa la cinta de asfalto, y daba un verdor resplandeciente a la espesura. Pero la cortina de agua me preocupaba. Y el cielo continuaba negro, sombrío y huraño—. Ahora, estoy pensando cómo salvar el nuevo obstáculo…

—¿Su familia? —Tembló la voz de Virginia Tatcher.

—No es mi familia quien me espera arriba, en la casa de la montaña —rechacé—. Sólo unos amigos. Lo cierto es que no tengo familia.

—Entonces, esa mujer por quien me hizo pasar…

—Una amiga —dije, escueto—. Pero no está en la casa. Se repone de un accidente en el hospital de San Bernardino. Tuvo la mala fortuna de salir de mi coche cuando venía otro. Ni ella ni yo lo habíamos visto llegar. Lo cierto es que la atropello contra la portezuela abierta, pero se dio a la fuga. No lograron dar con el tipo. A gente así, deberían encerrarla para toda la vida. Son peor que homicidas.

Ella se estremeció. La miré de reojo. Traté de excusarme:

—Lo siento… No quise decir eso. Además… tú no me pareces una homicida.

—¿Qué importa lo que parezca o no? —se lamentó tristemente —. Ellos lo creen. Y ellos son los que me persiguen, los que deben juzgarme… Olvide el asunto, Kyle… ¿Dijo que era ése su nombre, no?

—Sí, exacto. Howard Kyle. Escritor y viajero.

—Escritor y viajero… —me contempló, fascinada—. Dos profesiones maravillosas.

—Y agotadoras —reí—. Por eso me refugio de vez en cuando en un sitio aislado, lejos de la gente, de los aviones, de los trenes, del tráfico, de la televisión y de todo lo demás. Ahora le toca el turno a La Sierra.

—¿La Sierra?

—Es el nombre de la casa. En la cumbre de este monte. Dos amigos míos la ocupan habitualmente durante el año o por temporadas. Martha y Archie Beagle. Son buenos chicos, pero ella es un peligro para ti. Ve todos los programas de televisión. Y siente idolatría por la ley.

—No puedo ir allí. Me conocería…

—Claro que te conocería. Nada más verte. Y telefonearía a la policía. El teléfono es una de las maldiciones de la civilización de la que ni siquiera allí arriba puedo librarme.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Aún no lo he pensado —resoplé—. Falta una milla para llegar. Iré pensando algo mientras tanto. Pero no va a ser fácil. Y regresar, significa caer en el cerco.

—No debí subir nunca a su coche. Ni usted debió hacer nada por mí. No valía la pena. El final será el mismo.

—No seas pesimista, muchacha. Espero, cuanto menos que Dios

o el Diablo nos eche una mano en esto.

Me interrumpí. Virginia emitió un agudo grito de terror. Tuve el tiempo justo de frenar suavemente el coche para evitar que patinase en el asfalto mojado y se fuese al barranco. Al mismo tiempo, lo dirigí muy a la derecha, para pegarnos al muro rocoso, cubierto de espesura, lo más lejos posible del abismo.

Justo entonces, el estampido siguió a aquella llamarada vivísima, fulgurante, cárdena y cegadora producida por el rayo. La chispa eléctrica debió estallar muy cerca de nosotros, con estruendo aterrador y el propio sonido provocó el desprendimiento de algunos pesados peñascos, que fueron a caer al abismo y sobre la carretera… justamente a un par de yardas detrás de mi automóvil.

Virginia aferrada a mí, ocultaba su rostro demudado contra mi pecho. Yo, con las manos aferradas al volante, miraba con estupor hacia atrás, a aquellos enormes peñascos que pudieron habernos aplastado… o en el mejor de los casos habernos bloqueado el sendero de subida irremisiblemente.

No sólo no había ocurrido nada de eso, sino que ahora absolutamente nadie podría seguir la misma ruta que nosotros tomáramos, quizá en varios días. Aquel bloqueo, si el temporal arreciaba, como yo me temía a la vista del negro cielo, no iba a ser fácil de despejar en bastante tiempo.

—Bueno, al menos tenemos camino libre hacia la casa —murmuré, ceñudo, estudiando el siniestro celaje que envolvía las cumbres de los Montes de Santa Ana—. Y, al parecer, durante algún tiempo no podrá importunarnos nadie. Aunque tampoco nosotros podremos salir de aquí…

—Eso me deja sólo un camino… —susurro Virginia, preocupada, muy pálida aún.

—Que hay que seguir forzosamente —asentí—. Sigamos adelante, ocurra lo que ocurra. Trataré de que la señora Beagle no se precipite en sus actos. De todos modos, la policía solamente podría llegar aquí por helicóptero. Y si el temporal va en aumento, quizá ni eso. El tiempo, en cierto modo, está a nuestro favor. De modo que… ¡en marcha!

Arrancó el coche. Remontamos el tramo final de carretera, hacia la cumbre. Allí, entre la espesa arboleda, pronto descubrí el tejado gris pizarra de La Sierra.

Simultáneamente, observé algunas cosas: la antena de televisión, ennegrecida y rugosa, colgando lamentablemente entre las tejas de pizarra. El humo que brotaba del anexo dedicado a garaje y almacén de herramientas.

Y a los Beagle, en el umbral de la casa, bajo el porche, guareciéndose del torrencial aguacero que caía ahora.

Martha Beagle estaba acomodada en una mecedora. Archie se inclinaba sobre ella. Vi algo, un paño o una venda sobre su rostro. Frené el coche, en medio de un inmenso charco de agua, abrí la portezuela y grité:

—¡Archie! ¿Qué ha sucedido aquí?

Él se volvió, apurado. Parecía aliviado al verme. Oí su voz aguda, llena de alarma:

—¡Ha sido horrible, Howard! ¡El rayo!… Cayó sobre la casa. Destrozó la antena y la televisión… Ha prendido fuego a parte del cobertizo… Pero lo peor no es eso. Lo peor es que… es que Martha… sufre heridas en sus ojos. No parecen graves, pero… pero ha perdido momentáneamente la visión, Howard…

Tuve un estremecimiento. Giré la cabeza hacia Virginia Tatcher, que me miraba asombrada.

Recordé, inquieto, una frase dicha poco antes, con intención trivial: «Espero, cuando menos, que Dios o el Diablo nos echen una mano en esto…».

Dios… o el Diablo.

¿*Quién* de los dos?

Sentía el escalofrío recorrer mi espina dorsal, subir hasta mi nuca y erizarme los cabellos.

Por un momento, me vi de nuevo en las ardientes arenas de Babilonia, entre las ruinas de un viejo templo mesopotámico dedicado a una deidad maléfica. Recordé la efigie siniestra, negra y maligna de Marduck, el Diablo de los babilónicos…

Por un fugaz instante, sentí la sutil presencia de algo. De alguien. No sabía de qué o de quién. O quizá no quería saberlo…

Acudí en auxilio de Martha Beagle, corriendo bajo el aguacero.

* * *

Ciertamente, no resultaba alarmante. No había lesiones graves en los ojos de Martha, pero sí una pérdida parcial de la visión, que

aconsejaba vendar sus ojos y mantenerla en reposo hasta que un médico especializado la viese. Dadas las circunstancias actuales, eso parecía poco factible, pero teníamos que hacer lo imposible por hallarle ayuda clínica.

—El teléfono está averiado, lo mismo que la televisión —informó Archie, mientras atendíamos a su esposa—. No comunica en absoluto. La descarga eléctrica debió estropear la línea. El televisor da lástima. Reventó por culpa del rayo… Pude extinguir el fuego en el salón, pero no las chispas que saltaron al cobertizo, desde el tejado.

—Todo eso importa poco ahora —rechace—. Es tu mujer la que cuenta. Debería verla un médico lo antes posible. Parecen quemaduras superficiales, pero no soy yo quien debe decirlo.

—Está la estación de radioaficionado —me recordó Beagle—. ¿Crees que soñará, Howard?

Fruncí el ceño. La estación de radioaficionado… Ni siquiera llegaba a tanto. Era una pequeña emisora y receptora, casi como un *walkie-talkie* ampliado y mejorado, Podía hablarse por ella y recibir mensajes hasta el máximo de un par de millas, no más. Pero recordé que podía conectarse con receptores de radio de la policía, siempre que estuvieran en ese radio de onda.

Cambié una mirada de duda con Virginia.

Ella me comprendió. Seguía en la puerta, con la lluvia rumorosa como fondo, contemplando la escena, mientras acomodábamos a Martha sobre un mullido sofá, a la espera de trasladarla arriba, a su dormitorio, tras dejar sus párpados cubiertos por una pomada y unos vendajes.

Ella entendió la intención de mi mirada. Movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —dije roncamente a Archie—. Intentaremos que sirva para pedir un médico…

—No creo que necesite médico alguno —jadeó Martha, con entereza, rebulléndose en el sofá—. Le dije a Archie que no se asustara, Howard. Son quemaduras en los párpados y pestañas. Tal vez sufro algo ligero en los propios ojos, pero no siento dolor ni estoy ciega. Simplemente, tengo la visión muy borrosa, a causa de las lesiones…

—No insistas —corté—. Vendrá ese médico. Aunque sea en

helicóptero.

—¿Helicóptero? —murmuró Archie, sorprendido—. ¿Tan mal está la carretera?

—Peor —dije, escueto—. Hubo desprendimiento de rocas. Fue el rayo, sin duda. No hay acceso por allí.

—Cielos… —resopló Archie—. Y con esta lluvia y ese temporal… Quizá no puedan venir, Howard.

—Vendrán —aseguré, para darles confianza—. Vamos a intentar esa comunicación. Hay coches patrulla de la policía en abundancia. Esperemos que alguno esté a menos de dos millas de aquí.

—Supongo lo que sucede —afirmó Martha, sin moverse—. Debe ser esa mujer… Una asesina a la que persiguen desde Nevada… ¿No has oído los boletines de noticias, Howard?

—Algo oí —me mostré lo más indiferente posible—. Pierden el tiempo buscando por aquí, pero al menos espero que nos sirvan de algo a nosotros…

—El parador de Fred Ritter está a menos de milla y media de aquí —me recordó Archie, volviéndose con rapidez—. Podemos intentar comunicar con alguien que ande por allí. Los patrulleros acostumbran a pararse en él y… Eh, ¿quién es ella, Howard?

—Oh, perdonadme. Con todo esto, lo había olvidado —sonreí, aparentando normalidad absoluta—. No he venido solo. Me acompaña una amiga de San Bernardino…

—¿Una amiga? —Martha Beagle se irguió en su sota. Siempre la misma endiablada curiosa—. ¿Quién, Howard? ¿Acaso Elma Rogers?

—No, no —negué vivamente—. Ella es…

Mis ojos se detuvieron casualmente sobre una publicación de caza y pesca que Archie tenía sobre una mesa cerca del sofá. Estaba abierta por una página donde se leía: «Buen año de cacería de aves en Yerba Linda Fullerton y Prado». Mientras buscaba desesperadamente un nombre para Virginia, leí aquellas palabras impresas. Y pude improvisar:

—Ella es… Linda Fullerton.

—¿Linda Fullerton? —repitió Martha, perpleja—. No creo conocerla, Howard.

—No lo conoces, Martha —sonreí, en tanto Archie estudiaba a mí pelirroja compañera de viaje—. Estuvo un tiempo en Oregón,

mientras yo viajaba por Europa y Asia. Nos conocíamos de hace varios años. Pero no frecuentaba los círculos de Janet ni los nuestros. Linda, éstos son Martha y Archie Beagle, de quienes tanto te hablé. Lamento que los conozcas en estas circunstancias.

—Yo sí que lo lamento, señora Beagle —habló suavemente Virginia, dominando sus temores como le era posible—. Es un placer conocerles. Espero que esas lesiones no sean nada.

—Yo también lo espero, hija. —Martha, evidentemente sufría mucho ahora, por no poder ver a la muchacha. Estiró un brazo, y yo le indiqué con un gesto a Virginia que se aproximara y oprimiese la mano de Martha Pero cada cosa que aproximaba a Virginia a ella, me inquietaba. Yo sabía lo astuta y perspicaz que podía llegar a ser Martha, incluso carente de visión.

Sin embargo, pareció que el contacto entre ambas no tenía nada de inquietante, porque sonrió la mujer de Archie, y lo mismo hizo Virginia, ante la mirada de Archie Beagle.

—Prepararé la habitación de los huéspedes —dijo éste, tras las presentaciones—. Sólo te esperábamos a ti, naturalmente, tras saber lo ocurrido a Janet, y…

—Siento mucho causarles tantas molestias —dijo Virginia tímidamente—. Ya le dije a Howard que sólo crearía problemas viniendo con él a la Sierra.

—Pero yo insistí —reí, admirando interiormente a Virginia Tatcher por su pasmosa facilidad en adaptarse a una situación extraña. Eso me hizo sospechar si no sería mejor actriz de lo que yo me había imaginado, y los temores iniciales volvieron a asaltarme. ¿Estaba protegiendo bajo mi techo, precisamente a una auténtica homicida? ¿Era inocente… o culpable?

—Hicisteis bien, Howard —aprobó Martha—. Al menos, estaremos más animados siendo cuatro que tres. Especialmente, con este maldito temporal… y con lo que me ha ocurrido a mí.

Ni siquiera nos queda el recurso de ver la televisión mientras dure el mal tiempo.

—Por mí, encantado —reí—. La televisión es algo detestable. Prefiero olvidar que existe.

—Ya sabes cómo es Howard —sonrió Archie, ya más calmado—. Tras sus viajes, prefiere una vida apacible, lejos del mundanal ruido. Es como si te hubiera preparado alguien las cosas, Howard.

Justo a tu entero susto.

Asentí, arrugando el ceño. Cambié una mirada con Virginia. La muchacha se evadió de mi ojeada. Otra vez aquella rara sensación. Como si alguien dispusiera todo, detalle a detalle. Pero… ¿quién? ¿Por qué?

—No sé si será realmente así —dudó Martha bruscamente—. La soledad de La Sierra es un poco relativa esta vez, Howard.

—¿Relativa? —indagué, sorprendido—. ¿A qué te refieres?

—A Garden Grave.

Me estremecí. Garden Grave… Nunca me había gustado. Ni siquiera su nombre, con aquella mezcla entre romántica y fúnebre. Ahora, al oírlo mencionar, me sentí incómodo, sin saber la razón exacta.

—¿Por qué Garden Grave? —insistí—. ¿Qué ocurre en ese lugar?

—Lo peor que podía ocurrir —resopló Archie, contrariado—. Está ocupado. Habitado, Howard.

Apreté los labios. Noté la mirada de Virginia fija en mí. Me incorporé del brazo del sillón donde me había acomodado. Caminé hasta la ventana. Alcé la cortina casi con ira. Sólo vi los arbustos azotando el porche la hojarasca verde, brillante de humedad, los arboles allá al fondo, en medio de una espesa cortina gris, de agua y de brumas. Nubes bajas, como manchones de tinta espesa, rozaban las montañas.

—No verás nada —dijo Archie—. La lluvia, la bruma y la arboleda, cubren Garden Grave en un día así, tú lo sabes. Además, los abetos están muy frondosos ahora.

Afirmé despacio. Sabía bien todo eso. Pero no necesitaba ver las formas de la vieja casa en las cumbres. Su forma me era familiar, harto conocida. Podía intuirla recortándose en la masa de nubes, como un edificio construido en la nada. Me resultaba difícil imaginarla habitada por alguien. Por alguien que tuviera forma humana, en especial. La presencia de un fantasma entre sus muros, creo que no hubiera sorprendido a nadie en los Montes de Santa Ana.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿Quién es… quién, Howard? —quiso saber Archie.

—El que lo habita ahora —puntualice, sombrío.

—Di más bien los que lo habitan ahora —sonrió Archie, irónico.

—¿Más de uno? —Giré la cabeza, sorprendido.

—Tres, para ser exactos —afirmó Martha, desde su sofá, incansable siempre.

—¡Tres! —Enarqué las cejas—. Esa casa era una pura ruina. ¿Cómo pueden ocuparla?

—No lo sé. No me han invitado a visitarles —rió Martha con cierta acritud—. Sólo sé que hay una mujer en la casa. Y dos hombres… creo.

—¿Crees? —dudé—. Es raro que tú no sepas algo a ciencia cierta, Martha.

—Bueno, he visto a una mujer y la un hombre, si a eso te refieres —refunfuñó—. La tercera persona… nunca se deja ver. Pero dicen que es un hombre.

—¿Quién lo dice?

—Ellos.

—¿Ellos?

—La pareja, quiero decir. Él y ella. Es lo que me han contado en el parador de Ritter. Y también el cartero. Recibieron correspondencia para dos hombres diferentes. Eso parece revelador, ¿no?

—Tal vez —admití, encogiéndome de hombros—. Después de todo, no tiene gran importancia. Si no son demasiado sociables, tanto mejor para mí. No me gustan nuevas amistades en las fechas que elijo para descansar.

—Por ese lado, puedes estar tranquilo —rió Archie—. Yo les he saludado un par de veces. Ni siquiera me respondieron. El tipo es muy hosco. Y ella… Bueno, ella parece flotar.

—Parece… ¿qué? —me interesé.

—Flotar. Es justamente la palabra, ¿verdad, Martha?

—Archie quiere decir que parece en trance. O hipnotizada, tú me entiendes, Howard. Una mujer rara. Hermosa y muy joven. Pero sumamente extraña. Camina rígida, sin mirar a nadie… El hombre parece guiarla, llevándola por su mano, sin separarse nunca de ella…

—Singulares vecinos —mi mirada se encontró con la de Virginia. Me sonrió débilmente, y respondí a su sonrisa—. En fin, dejemos a esa gente, y pensemos en nosotros. Archie, vamos a hacer funcionar esa radio. Tenemos que localizar un médico para que asista a

Martha… Y cuanto antes, mejor.

Asintió él, y nos encaminamos a la salita inmediata, donde guardaba mi pequeño emisor-receptor de tan limitado radio de acción. Antes miré a Virginia, como avisándola del peligro que suponía quedarse sola con Martha. Las preguntas de ésta eran siempre agudas, difíciles de soslayar. Creo que Virginia me entendió.

Cuando me dispuse a buscar contacto con algún receptor de la policía, estaba más preocupado por otras cosas que por la llamada en sí y sus resultados.

Preocupado por Virginia Tatcher, buscada por homicidio. Preocupado por unos ocupantes de Garden Grave. Preocupado por una mujer misteriosa que parecía caminar en trance…

Y preocupado por un rayo que cayó con demasiado oportunismo para Virginia y para mí.

Poco después, tenía motivos para otra preocupación infinitamente mayor.

Y más alarmante. Más incomprensible. Más estremecedora.

CAPÍTULO III

—Lo siento —dije, soltando los auriculares y el micrófono, exasperado—. No hay contacto.

—¿Ninguno, Howard?

—Ninguno. No debe llegar nuestra llamada. Y si llega, no obtenemos respuesta. Pero en este último caso, alguien vendrá, tarde o temprano.

—Imagina que ha sido el primer caso…

—Entonces, no hay remedio —suspiré—. No vendrá —adié, Archie.

—Howard, se trata de Martha. De mi mujer…

—Lo sé. He hecho todo lo posible. Sigue tú, si quieres. Sabes cómo funciona. Pero es inútil. No comunicarás. Llevamos casi dos horas así. Quizá el rayo provocó una interferencia grave o descargó las baterías, no sé.

—De modo que estamos totalmente aislados…

—Por el momento, sí. No hay teléfono ni emisora. Tampoco recibimos la televisión. Si acaso, escucharemos noticias a través de la radio. Tengo una en mi coche.

—La única con la que contamos. En casa no hay ninguna.

—Sí, lo sé. A Martha le gusta más contemplar la pequeña pantalla… Pero lo importante no es recibir noticias, sino transmitirlas. Y eso, por ahora, nos está prohibido, Archie.

Salí. Le dejé en la cabina, tratando de recibir señal del otro lado de las ondas. Sabía que no iba a conseguir nada. La emisora de corto alcance estaba averiada. No sabía si alegrarme por ello o lamentarlo. El único problema, para mí, era Martha. No podía dejarla sin auxilio médico.

Cuando regresé al salón, Martha parecía dormir. Virginia caminó hacia mí con cautela, tras dirigir una ojeada recelosa a Martha

Beagle. Me hizo un gesto expresivo.
—Descansa —musitó—. Dijo que los ojos no le duelen tanto…
—De todos modos, necesitamos un médico —murmuré—. Pero la emisora no funciona.
—Dios mío… —Se estrujó las manos, nerviosa—. ¿Qué vamos a hacer?
—No sé —me froté el mentón. Clave mis ojos en Virginia—. ¿Qué te dijo? ¿De qué hablasteis?
—De varias cosas. No temas. Eludí ciertas preguntas. Traté de ser normal en las demás.
—Ya —miré preocupado a Martha. ¿Dormía, realmente? ¿Aceptó a la supuesta Linda Fullerton como quien decía ser, o sospechaba algo raro? Hubiera querido saberlo. Pero no era tarea sencilla—. Ten cuidado. Es muy lista. Y muy desconfiada.
—Ya lo advertí.
—¿De veras? —Arrugué el ceño—. Eres muy lista…
Linda.
—Linda. No me gusta ese nombre.
—Lo siento. Es el primero que se me ocurrió. No trates de olvidarlo.
—Todo esto es muy arriesgado, Howard —musito ella. Y añadió, rápida—: Te llamo así para no cometer errores, ¿comprendes?
—Claro —la escudriñé, inquieto—. Ya dije antes que eres muy lista.
—¿Eso me hace sospechosa? ¿Me crees culpable? —Abrió mucho sus ojos.
Dudé. Iba a decir algo. Martha se agito levemente en el sofá, con un gemido. Hice un gesto de silencio y no dije nada. Me acerqué a la mujer herida. La toque la trente y el pulso. Tenía algo de fiebre. Las pulsaciones eran rápidas. Salí al porche. Virginia me siguió.
Respiré con fuerza el aire fresco, casi frío ya. La lluvia era un torrente. El claro, una laguna. Más allá, arbustos. Arboles. Y Garden Grace. Y tres desconocidos…
—¿Cómo traer un médico aquí?
No volví la cabeza hacia Virginia Tatcher. Estaba junto a mí. A mi espalda. Mi respuesta resultó ambigua:
—No lo sé. Pero hay que intentarlo. Es un peligro para ti. Y hasta para mí. Ahora soy tu encubridor. Sin embargo, Martha

cuenta en esto. Debemos ayudarla enseguida.

—¿La quieres mucho? Al principio creí que serían sirvientes tuyos…

—Son amigos. Buenos amigos. Las cosas les fueron mal últimamente. Él trabajaba en Hollywood, en una asquerosa fábrica de películas. Tiene talento. Pero eso sirve de poco en el cine. Nadie lo aprecia. Se hundieron de repente. Les presté mi casa de vacaciones. La cuidan. Viven en ella como si fuera suya. Nada de gratitudes. Ni caridades. Sólo amistad. Me gustaría que lo entendieras, Virginia.

—Lo entiendo. Y muy bien. ¿Me crees quizá un monstruo? ¿Un ser poseído por el diablo?

—Calla… —Me volví bruscamente, no sé por qué. Puse mis dedos en sus labios, casi con la fuerza de un leve bofetón, para silenciarla. Sus grandes ojos color miel me contemplaron con inmenso asombro—. Calla, por favor. No digas eso, Virginia.

—¿Qué? —indagó ella, perpleja—. ¿Lo de ser un monstruo? ¿O una posesa de…?

—¡No más! —corté, tajante—. No, por favor, Virginia. No lo menciones.

—¿A… al Diablo? —susurró, estupefacta, mirándome. Luego se echó a reír—. ¡No me digas que crees en esas cosas, Howard Kyle!

—No se trata de creer o no —dije, apretando los labios. Me pasé una mano por la frente, retirando un mechón de cabellos, desordenados y repentinamente húmedos de sudor—. Es algo más serio de lo que crees. Te ruego que no sigas. Sé que eres una buena chica. Ignoro lo que sucedió en Reno aquella noche tormentosa, Virginia, pero… pero quiero creer en ti. No hablemos más de ello. Si pensara que eres culpable… tal vez no estarías aquí ahora. ¿Te basta eso?

—Sí. Pero precisamente porque se lo que vale tu ayuda, entiendo lo que haces por los Beagle Eres un gran tipo, Howard Kyle. ¿De qué madera estas hecho? Das todo por los amigos… y arriesgas tu propia piel por una desconocida acusada de asesinato…

—Quiero creer en el ser humano como tal —suspiré—. Si queremos que los demás hagan algo por sus semejantes, debemos predicar con el ejemplo.

—Howard ¿eres un sacerdote? —Me pregunto gravemente ella

—. ¿Lo fuiste alguna vez?

Me estremecí. Extraña pregunta Otra vez Babilonia Sus ruinas. Polvo. Arena, sol, calor ardiente, una piedra verde y una estatua negra, terrible. Marduck…

—Qué tontería —reí irónicamente—. ¿Yo, sacerdote?

—Eso no es una respuesta.

—Claro que no. No he sido nunca sacerdote. Palabra. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Sí —sus ojos no se apartaban de mi—. Creo lo que me dices. Pero por un momento, me pareciste algo; así como un santón o un religioso, Howard. Crees demasiado en el Bien.

—El Bien existe —suspiré—. Por eso existe también.

—Aquí parece no existir nada, salvo tu bondad, la lluvia, la tormenta y el olvido… —Cerró sus ojos, ensoñadores, y casi capté su embriagadora sensación de alivio—: Es como vivir en otro mundo.

—Pero no es otro mundo. Es el mundo. Igual que abajo lejos de estas cumbres, Virginia. El Bien está en todas partes. El Mal, también. Incluso con esa lluvia, con este olvido…

—Hablas misteriosamente, Howard. ¿Dónde puede estar ese Mal que parece asustarte tanto? ¿En mi? ¿En ti? ¿En los demás? Te juro que no maté nunca a nadie, que todo eso es falso… Que alguien trata de perderme, no sé por qué… Yo no soy una asesina. No soy mala, Howard…

—No me refería a ti. Sé que no puedes ser como dicen. No lo he creído nunca.

—¿Entonces? ¿Quién? ¿Quién podría ser aquí el Mal…?

—Buenas tardes, señor Kyle. Soy médico. Creo que me necesitan…

Virginia emitió un grito de temor. Yo me volví en redondo, sobresaltado por aquella voz, profunda y dominante, que acababa de sonar cerca de nosotros.

Me vi frente a un hombre alto, altísimo. Envuelto en un impermeable negro, chorreando agua. Un sombrero, también negro, de lona, cubría su cabeza, dejando caer regueros de agua al suelo encharcado, ante el porche.

Ni Virginia ni yo le habíamos oído acercarse, llegar allí. Era como si se materializase en la lluvia. Vi una barba recortada,

oscura. Unos ojos negros y centelleantes, tras una cortina de agua ruidosa.

Y el hombre explicó, conciso:

—Disculpen si importuno. Vengo de la casa vecina… De Garden Grave… Soy médico. Doctor Bedford, Avram Bedford… No soy oftalmólogo, pero puedo ayudar a esa señora…

* * *

La venda volvió a caer sobre los párpados quemados de Martha. Las manos diestras aplicaron esparadrapo al ajustaría con firmeza, envolviendo su cabeza y ojos.

—No toquen el apósito —indicó—. No hasta que yo vuelva, o venga un especialista. Puede estar así tres o cuatro días. Las llagas sanarán. El dolor de sus ojos desaparecerá paulatinamente. No hay lesiones en la córnea ni la retina. Nada serio. Pero debe descansar. No se levantará en estos días. Moverá la cabeza lo menos posible. Debemos evitar complicaciones, eso es todo.

Archie respiró aliviado. Yo también, a pesar de que aún había muchas cosas que no entendía. Cosas que no estaban claras para mí. Pero cuando menos, Martha estaba fuera de peligro, y eso me confortaba.

Salimos de la habitación con el médico. Descendimos a la planta baja. Una vez allí, nos quedamos todos mirando al inesperado galeno surgido de la lluvia y del temporal, sin aparente explicación convincente. Como si hubiera llegado de otro mundo, justo cuando hacía más falta.

El doctor Avram Bedford resultaba un hombre extraño, inquietante incluso. Se nos quedó mirando a su vez, mientras recuperaba sus prendas de abrigo contra la lluvia. Examiné con renovado interés su barba, muy negra y bien cuidada, sus ojos, tan negros como el azulado pelo de su rostro.

—Me gustaría saber cómo supo lo de la señora Beagle —dije inesperadamente.

Hubo un corto silencio. El doctor se abotonó su impermeable negro, reluciente de agua de lluvia. Tras una pausa, su voz grave sonó agradablemente en el salón:

—Poseo una radio de aficionados, caballeros. Capté una llamada cercana, muy débil, y traté de averiguar su origen. No tardé en

comprobar que venía de aquí. He acudido tan pronto me fue posible. Los caminos: están prácticamente intransitables.

—Entiendo —respiré hondo. No sé si con alivio o con escepticismo. La explicación era demasiado fácil, pero ¿qué otra podía haber? No creí que el doctor Bedford fuese un telépata o un adivino—. Gracias por todo, doctor. Le estamos muy reconocidos a su atención.

—No tiene importancia —se encogió de hombros—. Somos vecinos. Y además, soy médico. Creo que es una obligación moral asistir a una persona en apuros. Si me necesitan para alguna otra cosa, no duden en avisarme. Pero les será más fácil hacerlo personalmente que utilizar su emisora. No funciona nada bien, pueden creerme. Y eso que estamos a tan corta distancia unos de otros… Buenas tardes, señores. Ha sido un placer, aunque el motivo de conocernos no resulte todo lo grato que fuera de desear.

Le acompañé a la salida. Sentía curiosidad, mucha curiosidad por mil facetas de aquel hombre, de Garden Grave, de sus restantes habitantes. Pero no era correcto hacer preguntas. Ni estaba tampoco muy seguro de que él fuese a contestarlas de modo satisfactorio.

—Adiós, doctor —me despedí, sin quitarle mis ojos de encima. Y añadí, rápido—: Ustedes también pueden acudir a nosotros cuando lo deseen. Creo que tiene familia… Una hija quizá, ¿no es cierto?

Creo que la pregunta era inoportuna. Al menos, para él. Giró la cara hacia mí en tanto se ajustaba la capucha impermeable sobre la cabeza. Su mirada negra y brillante no resultó demasiado amistosa.

—Señor Kyle, mi familia no tiene nada que ver con mi profesión ni con mi condición de vecino de ustedes —habló secamente—. De todos modos, es cierto que hay una joven en mi casa. No es mi hija, sino mi sobrina. Una muchacha encantadora pero, desgraciadamente, enferma desde hace algún tiempo. Sé que es usted un hombre soltero y bastante liberal, señor Kyle. Si ha pensado en la posibilidad de entablar amistad con mi sobrina Dyan, será mejor que lo olvide. Su dolencia es incurable, y va a peor. No hay médico en el mundo capaz de curarla ni de aliviar sus sufrimientos. De modo que no intente utilizar su atractivo personal en ella, con algún pretexto. No me gustaría en absoluto. Y a ella podría causarle mucho daño. Es casi una chiquilla… y, sin embargo, no tiene posibilidad alguna de sobrevivir a su mal. Buenas tardes,

señor Kyle. Como ve, los vecinos nos conocemos todos…

Se alejó a través de la lluvia, chapoteando sus chanclos en los grandes charcos. La cortina de agua le fue borrando ante mis ojos paulatinamente. Giré la cabeza, con sobresalto, al oír un leve roce tras de mí.

—Me asustaste —dije a Virginia, al verla asomar al porche—. ¿Siempre caminas tan sigilosamente?

—No era ésa mi intención. Perdona… —se disculpó, mirando hacia el lugar por donde se perdiera el misterioso doctor Bedford—. No pude evitar oír a ese hombre, Howard. Parece que no tienes demasiada buena fama por aquí.

—Ignoraba que ese hombre supiera tantas cosas de mí —me encogí de hombros—. Los vecinos, evidentemente, se preocupan siempre de chismorrearse entre sí. Lo extraño es lo de su sobrina…

—¿De veras eres tan liberal y seductor para las adolescentes? —rió Virginia con suavidad.

—Ni siquiera sabía que fuese una adolescente, Y tampoco soy tan terriblemente peligroso. Lo extraño es que se exprese así su tío. Es como si tuviera miedo de que alguien se aproximara a la chica. Enferma incurable… irremisiblemente condenada a morir. No lo entiendo.

—Hay muchas enfermedades incurables, Howard.

—Lo sé. Pero hay algo raro en esa gente de Carden Grave…

—¿Una casa encantada? —dijo irónicamente la muchacha.

—¿Quién sabe? —Me encogí de hombros—. Ya resulta raro que el doctor Bedford escuchara la emisora de radio… a menos que la tuviese conectada a la onda especial de las emisoras de la policía… Y si es así, tuvo que escuchar los boletines alusivos a tu persona, Virginia.

—¿Y qué, si los escuchó? Hay muchas chicas pelirrojas en América…

—Pero él ni siquiera te miró o te presto la menor atención. Como si quisiera demostrar que no advirtió tu presencia o que nada sabe… Y si es cierto que no sabe nada y no conoce los boletines policiales… ¿cómo supo que Martha Beagle está herida en los ojos?

Virginia me contempló llena de curiosidad. Luego, movió su pelirroja cabecita, dubitativa. Su voz sonó preocupada.

—Howard, ¿siempre eres tan receloso con la gente, o esta vez es

una excepción? ¿Acaso te produce inquietud todo lo que procede de Garden Grave?

—Sí, pudiera ser eso —suspiré—. Creo que estoy dejándome llevar por un exceso de imaginación, pequeña.

—¿Por qué? ¿Qué significa Garden Grave para ti, exactamente?

—Nada concreto. Pero es una vieja casa que estuvo años enteros abandonada. Un edificio construido en piedra en los tiempos heroicos de California, cuando los buscadores de oro enriquecían súbitamente, cuando la Costa Bárbara era el emporio de gambusinos, tahúres y bandoleros. Por estos lugares, llegó a correr el rumor de que era un lugar maldito, donde el último ocupante se ahorcó, tras una noche entera emitiendo horribles alaridos que espantaron a cuantos pudieron escucharlos, Y dicen que, al entrar a recuperar el cadáver colgado del techo, la casa olía a azufre y a hedor repugnante, como si el mismo diablo hubiera estado allí. Desde entonces, se la llamó popularmente «la Casa del Diablo». ¿Comprendes ahora por qué no me gusta el lugar ni su gente?

—No —confesó Virginia, rotunda—. No lo comprendo. Eso son fábulas y chismorreos de ignorantes, Howard. Tú eres escritor. Tú recorres el mundo, tú eres inteligente y culto… ¿Cómo puedes hacer caso de cosas así? ¿Cómo creer, realmente, que una casa puede estar endemoniada?

La miré larga, gravemente. Hubiera querido decirle muchas cosas. Hablarle de Mesopotamia, de unas excavaciones, de unas ruinas, de algo que me sucedió una vez, durante mis viajes, cuando yo era como ella, y no creía en cosas sobrenaturales.

Pero era demasiado complejo mencionar todo esto.

Y quizá ella tampoco lo creería, después de todo. Me limité a intentar replicarle, con cierta sequedad en mi tono:

—Ojalá sea como supones, Virginia. Ojalá siempre tengas motivos para pensar igual. Pero las cosas no son tan sencillas ni tan simples como imaginas. Existen indicios, evidencias concretas de que el Adversario está cerca, muchacha.

—¿El Adversario? —Repitió ella, estupefacta, mirándome como si yo estuviera loco—. ¿Te refieres a Satán, Howard? Estás hablando otra vez como un sacerdote… o cerno un fanático visionario…

—No. No soy un sacerdote. Ni un loco. No hace falta: ser ninguna de esas cosas para enfrentarse a ese poder: de las tinieblas,

Virginia. No era nada de eso cuando vi morir a alguien, luchando contra ese mismo adversario. Cuando tuve en mis manos las fuerzas suficientes para aniquilarle… al menos momentáneamente.

Pero siempre se rehace, siempre recupera sus temibles fuerzas y vuelve al ataque. Si te has enfrentado una sola vez a él, posiblemente ya nunca dejes de hacerlo, una y otra vez… Tiene mil formas y mil medios de aparecer, de luchar… Hace poco tiempo que he empezado a notar su presencia. Y tengo miedo, Virginia.

—¿Miedo? ¿Tú? —Parpadeó ella, asombrada—. ¿Qué puedes temer? ¿Qué puede hacerte?

—No, no es miedo por mí. Es… por los demás. Por otros.

—¿Por… mí, tal vez?

—Quizá no sé… —Me dispuse a volver al interior de la vivienda, otrora confortable y tranquila, en un paraje solitario, como yo deseaba—. Dejemos eso, Virginia. No hablemos más de ello. Si algo ha de suceder sucederá. Y si no va a ser así, es mejor olvidarlo todo…

Entré en la casa, resueltamente. Virginia se quedó tras de mí, vacilante, pensativa, sin duda alguna con una enorme dosis de escepticismo en su ser, respecto a los temas que yo le había insinuado como lo más serio del mundo.

—Me quedaré un poco en el porche, viendo llover —la oí decir, con voz apagada—. Necesito respirar un poco de aire fresco, Howard. Y pensar un poco, quizá…

Hubiera querido decirle que era mejor no pensar, no dar vueltas a nada de todo aquello. Pero tal vez necesitaba ese espacio de tiempo al aire libre, tras la tensión vivida últimamente por aquella infortunada criatura, ya fuese inocente o culpable.

Lo cierto es que la dejé en el porche. Oí crujir las maderas del mismo bajo sus pisadas. Me acomode en el salón, mientras en el piso alto, Archie iba de un lado para otro, cuidando de su esposa. Tomé una revista vieja, de excursionismo, disponiéndome a relajar mis propios nervios. Era algo que estaba haciéndome falta.

Entonces gritó ella.

El alarido de Virginia erizó mis cabellos. Me hizo soltar el antiguo magazine, que rodó por los suelos. Me incorporé de un salto, sin saber qué sucedía. La voz de la muchacha, desgarradora, sugería algo espantoso.

Corrí al porche, presintiendo lo peor. Y sólo yo en aquella casa sabía qué era lo peor.

Cuando alcancé la puerta, forcejeé con ella, exasperado. La intensa humedad reinante la había hinchado, ajustando excesivamente la madera. Mis nervios hacían el resto. Oí chillar de nuevo a Virginia, y sentí sus golpes y arañazos en la puerta, en su forcejeo por abrir.

—¡Abrid, abrid, por el amor de Dios! —sollozó—. ¡Es… es espantoso! ¡Howard! ¡Howard!

Por fin tiré de la hoja de madera, y Virginia penetró como un alud en la casa, estallando en sollozos ahogados. Yo miré al exterior. A lo que venía hacia ella y hacia mí…

Sí. Era, realmente, espantoso.

Entonces tuve motivo sobrado para sentir horror. Entonces supe que el Diablo estaba ya allí, entre nosotros…

Aquel ser de pesadilla, emergiendo de entre la lluvia como una visión del Averno, se precipitó ahora sobre mí…

Un helado horror me inmovilizó en esos momentos, dejándome virtualmente indefenso ante la presencia de lo horrible.

CAPÍTULO IV

Es posible que Virginia nunca olvidase ya aquello, lo que sus ojos habían visto bajo el tremendo aguacero de las cumbres. Cuando menos, yo no podría dejar de recordarlo mientras viviese, si es que no era ese mi instante final en el mundo.

Mientras la muchacha rompía en amargo, histérico llanto, allá en el interior de la casa, yo me enfrentaba al espantoso ser que se venía sobre mí, como un monstruo surgido del propio infierno.

Y sin embargo, aquel monstruo tenía algo de patético, de tremendamente humano, de desgarradoramente cruel e indigno.

Porque ni siquiera era un monstruo. No podía serlo, en circunstancias normales. Imaginé un rostro dulce, sereno, unos largos y suaves cabellos dorados, unos grandes e ingenuos ojos azules…

Pero todo aquello, ahora, causaba auténtico horror. Porque algo desfiguraba atrozmente la figura de mujer, envuelta en jirones de ropa, semidesnuda, con la boca babeante, los ojos desorbitados, los cabellos empapados y revueltos, las mejillas llenas de purulencias y los carnosos labios rebosando costras y grietas sangrantes. Por sus dientes corría un espeso líquido verdoso que goteaba luego por sus labios y mentón, ensuciando sus ropas y su cuerpo.

Las manos engarfiadas que dirigió hacia mí…

Las manos eran horripilantes. Crispadas, malignas, cubiertas totalmente de arrugas y de llagas, de sangre y deformidades. Su juventud, su posible belleza ingenua y adolescente, constituían ahora un horror de deformidades y de fealdad repugnante.

Además, de su cuerpo, cuando se abatió sobre mí con insólita, terrorífica fuerza, brotaba un olor nauseabundo, una vaharada insoportable, que me hizo sentir enfermo.

Las manos me golpearon brutalmente. Sentí que era alzado del

suelo, lanzado contra el muro de la casa, y por mi nariz escapó sangre, tan duro fue el impacto de aquellas atroces manos de mujer, recubiertas de lacras repugnantes. Por su boca, entre salpicaduras de baba, escaparon palabras soeces, disparates atroces, insultos terribles:

—Howard… ¡Howard Kyle…! ¡Por fin nos vemos otra vez, cara a cara, hijo de una sucia perra! ¡Vamos, lucha ahora! ¡Defiéndete! ¡Destrúyeme, bastardo, asqueroso, basura humana! ¡Pide a Dios que te ayude! ¡Vamos, llámale ahora a él, cerdo maldito…! —Siguió una retahíla feroz de obscenidades, mientras yo pugnaba por eludir sus golpes, su ataque brutal—. ¡Defiendes a esa ramera, a esa sucia criminal! ¡Te sientes protector de mujeres manchadas de sangre y de prostitutas sin pudor! ¡Será mejor que entregues a esa hija de perra a la policía, Howard Kyle, antes de que tu sucia persona se corrompa en una celda antes de morir! ¿O es que quieres entregar tu alma lo bastante sucia para que pertenezca a quien consideras tu peor enemigo?

Logró alcanzarme, con una carcajada demoníaca, que convertía su voz de mujer en un berrido horrible. Caí por los suelos, como martilleado por un mazo. Luego, la criatura espantosa se precipitó sobre mí, sus uñas por delante, sus dedos crispados, no sé si para estrangularme, para vaciar mis ojos o para girar mi cuello y volverme la cabeza, en una presión asesina, como decían que mueren las víctimas de las fuerzas demoníacas…

Traté de defenderme, aunque sabía que era inútil.

Toda mi fuerza física, apenas si era nada, ante el poder descomunal de aquella criatura diabólica.

No sé lo que hubiera ocurrido. Nunca lo sabré ya, porque en ese momento, una doble intervención salvó, quizá, mi vida.

Dos hombres surgieron de la lluvia, como auténticos ángeles guardianes de negras ropas. Uno de ellos, era el doctor Bedford, ya sin caperuza, despeinado, empapado de agua su cabello y su rostro, dilatados sus ojos, con una expresión estremecedora.

A su lado, iba otro hombre. Vestido también de negro. Pantalón, chaqueta negra, suéter oscuro, cuello vuelto… Su pelo rojizo estaba chorreando agua, lo mismo que todas sus ropas y su rostro enjuto y pálido.

—¡Atrás! —le oí gritar—. ¡Atrás, Dyan! ¡En nombre del Señor,

Dyan Bedford! ¡Yo te ordeno que dejes a ese hombre…!

Y en su mano, enarbolaba, frente a la monstruosa criatura rubia, un crucifijo de plata que pendía de una cadena, sobre su pecho. Era un crucifijo bastante grande, centelleante a la luz de un súbito relámpago.

La muchacha rubia se volvió, aullando, exhibiendo sus dientes en una mueca feroz, de animal acosado. El doctor Bedford corrió hacia ella, patéticamente.

—¡Dyan, querida! —Oí su voz—. ¡Dyan…! ¡Criatura, detente! Por él amor de Dios…

Ella empezó su sarta de barbaridades nuevamente. Se revolvió, mirando fijamente el crucifijo, y echándose atrás, con gesto convulso. Cayó de rodillas, debatiéndose sin duda consigo misma, con algo que había dentro de sí, y que yo sabía lo que era.

En ese instante, el doctor Bedford aprovechó la ocasión prestamente y con eficacia. Le vi saltar sobre ella, enarbolar una jeringuilla, una larga aguja hipodérmica, que aplicó con celeridad a su cuello, sobre una vena.

Ella forcejeó, trató de desprenderse de los musculosos brazos de su tío. Pero ya el líquido entraba rápidamente en su sangre. Y cuando saltó lejos la aguja y la jeringuilla, la mayor parte de su contenido estaba en el cuerpo de Dyan.

Ella se incorporó todavía, con ojos desorbitados. Escupió a su tío. Se arañó, desgarró más aún sus ropas y culebreó su cuerpo, en un afán exasperado por mostrarse impúdica. Soltó una carcajada agria y vomitó unas cuantas palabrotas.

Pero, finalmente, se detuvo, vacilante, puso los ojos en blanco y se desplomó en un amplio charco de agua, quedándose allí inmóvil, con un ahogado jadeo.

Su tío se apresuró a alzarla en brazos, sin aparente esfuerzo. El otro hombre se aproximó a mí, lentamente, jugueteando sus manos recias con el crucifijo de plata. Me tendió su mano.

—Soy Oswald Stenko —se presentó—. Debe perdonarnos por esta horrible escena que le ha tocado vivir, señor Kyle… Ya me ha hablado de usted el doctor Bedford.

—De usted, en cambio, no había oído hablar, señor Stenko —suspiré, sacudiendo la cabeza bajo el aguacero, para recuperarme de los efectos de mi perdida batalla con una mujer. Si es que

aquello podía ser considerado como una mujer.

—Lo comprendo —murmuró él, afirmando con la cabeza—. El doctor no quiere que sepa nadie lo que sucede. Por eso me oculta lo más posible a la vecindad. Ya sabe usted cómo es la gente. De saberse esto, haría surgir cábalas y rumores que, desgraciadamente, quizá fueran ciertos.

Miré a la muchacha. Dyan Bedford reposaba dormida, inerte, en brazos de su tío. El doctor me explicó algo que yo sabía ya:

—Descansa ahora. Le apliqué un sedante muy activo, en alta concentración. No existe otro remedio para ella, señor Kyle…

—Ya —asentí. Me volví al llamado Stenko—. ¿Usted es… es un exorcista?

Pestañeó. Tenía ojos menudos, grises, inteligentes. No tendría más dé cincuenta años. Era delgado pero fuerte y vigoroso. Irradiaba energía.

—Soy parapsicólogo en realidad —confesó, bajando la cabeza—. Y para curar a la muchacha he recurrido al exorcismo. Pero el exorcismo no siempre triunfa. Por ahora, estoy fracasando, señor Kyle.

—Me lo temía.

—¿Usted sabe, entonces… lo que está sucediendo? —Me miró con ojos escudriñadores.

—Desgraciadamente, sí.

—¿Alguna experiencia personal, señor Kyle?

—Es usted muy inteligente —asentí—. Así es.

—Forma parte de mi trabajo —sonrió con tristeza—. Espero que nadie sepa nada en los alrededores, señor Kyle. Todavía vivimos en un mundo lleno de supersticiones y terrores. Serían capaces de linchar a esa pobre criatura. Yo lucho por ella, junto con el doctor. Todavía existe una posibilidad… y hemos de apurarla.

—Claro. No diré nada. Nadie de aquí hablará, señor Stenko.

—Gracias —dejó caer la cruz sobre su pecho empapado de agua —. Sufre crisis pero no muy frecuentes aún. La de hoy resultó imprevisible.

—Lo creo —asentí ceñudo—. Quizá yo tuve la culpa de ello.

—¿Usted? —Arrugó su frente el doctor Bedford—. Ni siquiera sabía ella de su existencia.

—Ella, tal vez no —suspiré—. Yo hablaba de… del otro.

Reinó el silencio. El médico y el parapsicólogo se miraron. Luego, me miraron a mí.

—Entiendo —dijo el médico—. ¿No fue su radio la que escuché?

—No lo creo —rechacé—. Sólo telepatía. Un informe ajeno a mí. ¿Pudo ser, señor Stenko?

El aludido asintió tristemente.

—Sí, pudo ser —dijo—. Los hechos se precipitan. Hemos sido juguetes de… de lo que hay en el interior de ella, doctor. No vinimos aquí por nuestra voluntad. Nos dirigió él. Todo estaba planeado y dispuesto. Es… es como una revancha. La otra vez, señor Kyle… venció usted, ¿no es cierto?

—Sí —asentí gravemente—. Vencí. Aún no sé cómo, pero… lo hice. Y hay cosas que él no perdona.

—Lo sé. Lo sé muy bien… —Meneó tristemente la cabeza—. Es un gran fracaso, doctor Bedford. Hemos sido juguetes en sus manos. Ahora, tiene lo que quería. Este hombre está cerca. Muy cerca. Lo intentará todo contra él. Ni siquiera podemos salir de aquí. Estamos bloqueados, aislados…

—El rayo… —murmuré—. Lo supe enseguida. Apenas lo vi caer…

Stenko me contempló fijamente. Luego, afirmó con la cabeza.

—Ahora lo entiendo. Estaba seguro de que nuestra emisora y receptora de radio no funcionaba. De repente captamos su llamada. Era un espejismo.

—Ese maldito monstruo… —El doctor miró, con una mezcla de amor y de odio al cuerpo de su sobrina, sabiendo que, dentro de aquella envoltura humana, tierna y sensible, había un ser inexorable, feroz, destructor e impío. Un ente que no era de este mundo—. ¡Hay que hacer algo, Stenko! ¡Hay que salvar a Dyan de este horror…!

—Estamos intentando cuanto es posible, doctor —susurró Stenko, en respuesta a la ira exasperada de su amigo—. Le dije que el exorcismo no era infalible. Ni cosa de un día o dos. Podemos fracasar, incluso. De hecho, hasta ahora hemos fracasado.

—Tiene que existir un medio… Una forma de liberar a la pobre criatura…

—Quizá exista, pero es difícil llegar hasta ella. Es una dura lucha. Día a día, hora a hora. El Adversario es fuerte. Mucho más de

lo que la gente cree… Quizá si el señor Kyle no estuviera aquí, todo sería más fácil. Ahora, hemos de admitir los hechos tal como son, y confiar en que el propio señor Kyle trate de ayudarnos.

—¿Yo? —Moví la cabeza, asombrado—. Cielos, ¿cómo podría hacerlo? Habiendo un especialista como usted, un exorcista… Yo no sé nada de esto. Sólo tengo una experiencia, y le confieso que ignoro cómo sucedió todo. Cuando comprendí que había vencido, me sentí tan incrédulo como si nada hubiese ido conmigo, se lo aseguro.

—Le creo, señor Kyle. Tuvo que haber algo… Algo que inclinó la balanza. Me gustaría saber qué fue. Quizá por ello valdría la pena hablar un rato usted y yo… Si me relata los hechos, tal vez pueda encontrar el indicio, la clave de su triunfo. Pero será difícil. Tenga en cuenta que ese pobre cuerpo reposa bajo los efectos de grandes dosis de sedantes que incluso ponen en peligro su salud y su vida. Es la única forma de que la fuerza que se posesionó de ese cuerpo, no pueda utilizarlo para sus designios; no sea el vehículo de su perfidia… Pero los sedantes tienen una duración. Y, por otro lado, la clarividencia y la mente de nuestro Enemigo no reposa. Vigila, espía, acecha… No me cuente nada ahora. Si pudiera venir a Garden Grave dentro de unas horas, al anochecer, por ejemplo, es posible que tuviera todo dispuesto para que nuestra charla fuese lo más secreta posible…

—Iré —prometí, sin vacilar—. Tiene mi palabra, Stenko.

—Gracias —suspiró él, con un asomo de sonrisa—. Tenemos allí un pequeño «Land Rover». Vendré en su busca antes de oscurecer. Hasta luego, señor Kyle… y perdone por todo.

—Son ustedes quienes deben perdonarme —susurré—. Ahora ya sabemos todos que soy, en gran parte, culpable de lo que sucede.

Su sobrina es sólo el medio que mi enemigo está utilizando para acercarse a mí, para destruirme de alguna forma que no logro intuir…

—Ninguno es culpable, Kyle —dijo el doctor Bedford amargamente—. Estamos tratando de luchar contra algo que no es humano. Contra un poder muy superior a todos nosotros. Dios nos asista, amigo mío.

—Sí —suspiró Stenko, iniciando la retirada—. Vamos a necesitar mucho a Dios a partir de este momento.

Se alejaron definitivamente, perdiéndose en la lluvia. Yo regresé al interior. Los ojos color miel de Virginia, me contemplaron muy abiertos, demudado su rostro, que el llanto había surcado ampliamente. Yacía tendida en el sofá. Archie aparecía en la escalera, con el rostro del color del yeso, tratando de saber algo, pero sin atreverse a salir para averiguarlo.

Les miré, sintiéndome incómodo, preocupado por muchas cosas, entre las que se contaban ellos mismos y su propia seguridad personal ante el peligro invisible que yo presagiaba tan cerca de mí y de cuantos me rodeaban.

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho. Explicar lo que sucede, no resolvería gran cosa. No es nada fácil de creer ni de admitir, amigos míos…

—Creo… creo que lo entiendo, Howard —musitó Virginia apagadamente—. Es horrible, pero lo entiendo…

—Howard, ¿qué está sucediendo, realmente? —Me demandó Archie, con tono angustiado—. Oí voces espantosas, risas que no parecían humanas…

—No eran humanas, Archie —confirmé—. Pero no sé cómo explicártelo. En realidad, ni yo mismo llegué a entenderlo del todo. Hubo un momento en que pensé que nunca me había sucedido aquello… Algo que viví muy lejos de aquí, en otras latitudes. Pero desgraciadamente, era cierto. Sucedió. Y está volviendo a ocurrir…

—Howard, he oído murmurar cosas extrañas a Martha… Ella se agitaba en el lecho. Decía… decía que presentía algo horripilante. Que era como si un horror desconocido nos amenazase a todos en este lugar. Que todo debió comenzar con aquel rayo que cegó sus ojos y destruyó nuestra antena de televisión, el receptor, e incendió el garaje…

—Posiblemente para vosotros empezara entonces —suspiré—. Pero para mí ha sido antes, mucho antes, cuando esto comenzó. No sé por qué he sido elegido yo para semejante prueba. No puedo comprenderlo. Pero es así. Y debo seguir adelante. No hay escapatoria. Se puede morir, pero no se puede condenar uno por una eternidad… ni condenar a los demás.

—Hablas como si estuvieras en las puertas del infierno, Howard —se estremeció Archie Beagle.

—¿Las puertas del infierno? —Sonreí tristemente, y me encogí

de hombros—. Quizá, Archie. Quizá sea eso…

Luego, cansadamente, me encaminé a mí habitación. Virginia trató de sujetar mi brazo, con una expresión patética y angustiada.

—Howard —susurró—. Tengo miedo…

—Calma —la serené—. Ve arriba, con Martha y Archie, Linda. Es lo mejor que puedes hacer, por el momento. Yo debo descansar ahora.

—¿Descansar? —Tembló ella—. ¿Por qué? Pronto vendrán a recogerte. Ese hombre, el parapsicólogo. Le oí decir que os iríais al atardecer…

—Precisamente por eso —afirmé—. Debo estar des cansando esta noche. Me temo… me temo que vamos a pasar muchas horas difíciles y fatigosas en Garden Grave… Un exorcismo lleva a veces días enteros de esfuerzo desesperado…

—¿Exorcismo? —Se horrorizó Archie—. Dios mío, Howard, no puede tratarse… no puede tratarse de eso…

Le miré. Comprendía lo que estaba sintiendo ahora. Era lo que todos podían sentir cuando oían la palabra exorcismo, cuando se daban cuenta de lo que eso significaba… Moví la cabeza afirmativamente. Casi me daba pena de Archie. Porque él también tenía miedo. Miedo por sí mismo, por su querida Martha…

—Sí, Archie —dije roncamente—. Se trata justamente de… eso.

—Cielos… Pero… ¿existe, Howard? ¿Existe, de veras?

—Yo nunca lo he visto —me encogí de hombros—. No conozco su apariencia. No sé cómo es, realmente. Pero existe. Ya lo creo que existe. Lo peor para el mundo, es que es demasiado astuto. Y finge no existir… salvo cuando tiene un interés determinado en algo.

—¿Lo tiene ahora? —gimió Archie Beagle.

—Lo tiene —asentí secamente—. Yo.

—¡Tú! —Se estremeció, atónito, mirándome sin dar crédito a mis palabras.

—Eso es: yo. Una vez le vencí. No perdona. Ni olvida. Quiere la revancha. Está dispuesto a ella. Esta vez sabe que ha de vencer… o nunca más lo conseguirá. Ha elegido el escenario y los personajes del drama. Sabía lo que hacía: la tempestad, el rayo, el aislamiento, Garden Grave, el doctor Bedford y su sobrina enferma… Stenko, que se cuida de atender a la posesa… Y yo.

—¿Adónde conducirá todo eso? —preguntó Virginia

apagadamente.

—No lo sé. Quizá él lo sepa. El ser que está dentro de Dyan Bedford… Yo puedo intuir algo. Y también Stenko. Pero no sabemos nada de lo que nos espera allí, esta noche o cualquier otro día… Estamos cogidos. En el mismo cepo. Ahora, todo depende de quién sea más fuerte.

Subí lentamente hacia mis habitaciones, sin girar la cabeza siquiera. Sumido en la oscuridad poco optimista de mis pensamientos. Me preguntaba por qué tenía que ocurrir todo esto. Por qué una pobre criatura ¦ como aquella rubia sobrina del doctor Bedford, tenía que haber sido la elegida por la cosa de las Tinieblas… Por qué… por qué… por qué… Siempre interrogantes sin respuesta. Siempre la oscuridad, el silencio, el frío hedor de los infiernos, subiendo desde las sombras, como única contestación a tanta incógnita horrible.

Cerré la puerta de mi habitación. Pasé el pestillo, sin tener una razón concreta ni exacta para ello. Me tendí sobre la cama, con un profundo suspiro de alivio, y unos minutos más tarde, estaba profundamente dormido, sumido en un sopor casi febril.

Por desgracia, mi sueño duró poco tiempo. Y no fue Stenko quien me arrancó de él como yo esperaba. Fue algo muy diferente. Primero, el grito.

Nuevamente, un grito de mujer, desgarrador y angustioso. Nuevamente, la voz de Virginia Tatcher, en un alarido casi inhumano, desgarrando mis tímpanos…

Después, una voz ronca, horrible y cruel, tras una carcajada que parecía venir desde más allá del mundo de los vivos…

—¡Todo es inútil, asesina! ¡Nadie escapa a los poderes de Satán! ¡Tu corazón ha sido elegido por nuestro amo y señor, el Diablo, para ser devorado en la Consagración Total al Mal!

Y otra vez chilló Virginia, como si realmente el propio Satán estuviera ahora arrancándole el corazón.

CAPÍTULO V

Salté fuera de la habitación como un auténtico poseso, sin detenerme siquiera a buscar un arma o cualquier otro objeto contundente. Sabía, por desgracia, que ante cierto enemigo, un revólver o un cuchillo carecían por completo de eficacia.

Pero la escena que me esperaba fuera de mi habitación, tenía poco o nada que ver con lo que yo había esperado encontrarme. Me detuve, horrorizado. Esta vez era una nueva forma de terror la que me embargaba.

Archie yacía en el suelo, con un corte profundo en su frente y otro en su mejilla, por los que sangraba en abundancia. Era evidente que trató de defender a Virginia de algún peligro, y sufrió las consecuencias de su rasgo de valor.

Frente a él, contemplando siniestramente a la atemorizada Virginia Tatcher, se hallaban aquellos dos hombres de inquietante aspecto. Ambos vestían enteramente de negro. Uno, vestido con una túnica parecida a una sotana. Pero sobre la sotana, en vez de la Cruz, se veía pender de una cadena de hierro, un disco o medallón del mismo metal, en relieve, representando un tema que yo conocía bien: dos velas, un pebetero y unas siglas en un triángulo.

Era el círculo cabalístico para invocar al Espíritu Infernal. Un emblema satánico. En una de las manos del ensotanado aparecía un negro libro que parecía la Biblia, pero que no lo era. Creí identificarlo: El Libro de los Espíritus del Mal. En su otra mano, casi grotescamente, blandía una espada de hoja enrojecida, cubierta de símbolos cabalísticas, y con empuñadura sin la forma de la Cruz.

La blandía enérgicamente, con ojos desorbitados, hinchadas las venas de su ancha frente; era un hombre desgarbado, rubio, medio calvo y con expresión fanatizada, joven sin duda. Su compañero lucía una túnica y una caperuza, tenía larga barba descuidada, algo

oscura, y un antifaz escarlata cubría parte de su rostro, bajo la caperuza de monje negro.

Eran dos jóvenes muy peligrosos, lo intuí enseguida. Dos *Gypsy Jockers*. Dos fanáticos capaces de todo. Sectarios convencidos de llevar consigo las consignas del propio Infierno (*Una de las nuevas sectas diabólicas de Estados Unidos —ubicadas en muchos Estados, especialmente en California—, que forma una especie de central internacional de satanismo, que incluso empieza a crear células en otros países, como un partido político clandestino podría hacerlo. Cuanto se habla aquí de ellos, es tristemente cierto*). Viajaban habitualmente en furgonetas y camiones propios, e incluso formando caravanas peligrosas, de auténticos asesinos a veces. Como la familia Manson, en aquellas mismas tierras de California. Ejecutores rituales que confundían el propio satanismo con la intolerancia, el crimen y la aberración total en sus actos.

—¡No se mueva! —Rugió el encapuchado, dirigiendo sus ojos hacia mí, a través de su rojo antifaz, y apoyando sus palabras en la contundencia de un largo cuchillo que emergía ahora por la amplia manga de su túnica negra—. ¡Satán dirige nuestros actos, y vosotros sois solamente un ejemplo de la sociedad que debe perecer en su propia inmundicia! ¡Todos sois seres hipócritas y viles, farsantes y depravados! ¡Esta mujer que refugiáis aquí ahora, es culpable de un crimen en Nevada, y debe pagar por él! ¡Para ello nosotros, mucho más inteligentes y poderosos que la policía, hemos seguido sus huellas hasta encontrarla! ¡Su vida y su corazón pertenecen al Infierno! ¡Su alma está marcada, y nuestro todopoderoso amo y señor, Satán, ha dispuesto su sacrificio litúrgico, para que su corazón sea devorado por uno de nuestros iniciados…!

—Howard… —sollozó Virginia—. Howard, por el amor de Dios, estos hombres horribles harán lo que dicen… Los conozco… Vi a algunos de ellos en Reno… Son miembros de una secta satánica… Lo mismo que el hombre que murió… El hombre de cuya muerte me acusan…

—¡Víbora impura e indigna! —Rugió el hombre de ropa negra, agitando su temible espadón escarlata—. ¡Tú mataste a uno de nuestros grandes jefes! ¡Por ello has sido condenada por nuestra suprema jefatura, que traduce la voluntad de Satán en actos justicieros que limpien de indignidad a la sociedad compuesta por

falsarios, cobardes y abyectos!

—Morir… —Lívida, me contempló la joven, llena de terror—. ¡Oh, no, Howard! No puedes dejarme en poder de esos monstruos… Son asesinos. Fanáticos… ¡Yo nada hice a ese hombre! ¡No tuve parte en ello, lo sabes!

—Tu hombre no puede hacer nada por salvarte —rió el encapuchado del largo cuchillo—. Vuestro sucio concubinato, la complicidad de ese supuesto hombre honesto, no va a servirte de nada, perra ramera. Tu corazón será esta noche devorado en nuestro rito litúrgico de Consagración al Mal… Un nuevo adepto será así iniciado en nuestra suprema Esclavitud a Satán.

Esclavitud a Satán… Era el nombre de una secta sanguinaria y asesina. Había otros, como Los Jockers del Infierno o La Mente del Diablo. Nombres semejantes para sectas parecidas. Para auténticos seres aberrantes, que mezclaban el sexo y el crimen, el fanatismo y la sangre. Les contemplé con inquietud, tenso, a la expectativa.

—Permanezca donde está, amigo —silabeó el vestido de negro, con su espada en vilo. Hizo un gesto demoníaco, con sus inquietantes ojos desorbitados, muy fijos en mí—. No intente nada, o pagará con su sangre… Lo mismo que su estúpido amigo.

Pero podría ser peor porque usted es el amigo y encubridor de esa mujerzuela. De modo que obedezca. No me gustaría ver su cabeza rodando por los suelos. Pero puedo hacerlo. Satán guía mi mano.

Lamenté no haber tomado mi revólver. Pero ya era tarde para lamentarse. Miré una ventana abierta, con el vidrio roto. Era su camino de entrada a la casa, sin duda alguna. Estaba cayendo la tarde. Una tarde sombría y tormentosa. Pronto oscurecería.

Pero ni siquiera Stenko, con sus exorcismos, podía ayudarme esta vez. Éstos eran otra clase de demonios.

—Ella no mató a nadie —corté secamente—. No van a llevársela con ustedes. Ni van a sacrificarla a sus estúpidos ritos. Son sólo asesinos. Esquizofrénicos o paranoicos peligrosos, nada más. ¿Qué saben ustedes de Satán?

—¿Oyes al tipo? —Rió sarcásticamente el de la caperuza—. Seguro que él nos quiere dar clase de satanismo, Begg.

—Calla —cortó el llamado Begg, el tipo caballuno, rubio y joven, con ojos de paranoico obsesionado—. No cites nombres,

imbécil. Ese tipo tiene cara de fijarse en todo. Ya sabes que es un escritor, un tipo que viaja por el mundo escribiendo de muchas cosas. No me fío 1 de tipos así. Se las saben todas.

—No le temo. No me preocupa. Ni él, ni nadie —rió de nuevo el enmascarado de rojo—. No va a poder evitar que la cerda ésta pague sus culpas. Andando, preciosa…

Vas a venir con nosotros. Los demás esperan.

Hay que preparar el ritual de esta noche.

—¡Nooo! —chilló Virginia, despavorida. Retrocedió unos pasos, mirando con profundo terror a los dos sectarios de Satán—. ¡Howard, ayúdame! ¡Necesito que sí me ayudes! ¡Harán lo que dicen, lo sé! ¡He oído de cosas peores llevadas a cabo por estos monstruos malditos…!

Miré a Archie. Seguía sangrando y gimiendo. No podía contar con su ayuda. Tendría que resolverlo por mí mismo. Estaba seguro de que no podían ser peores que el otro enemigo que me acechaba en la tormenta, no lejos de la casa de las montañas. Éstos, al menos, eran seres humanos, aunque sus sentimientos fuesen más propios de hienas hambrientas o de auténticos poseídos por el Diablo. Yo sabía que ellos llegaban al canibalismo o a la hematofagia, sin el menor escrúpulo, como parte de sus aberrantes actos litúrgicos. Ciertamente, eran siervos del Mal. Pero yo no les temía.

—Veremos lo que sois capaces de hacer, ratas cobardes —acusé fríamente, echando a andar rápidamente hacia ellos, escalones abajo.

—¡Alto! ¡No se mueva o será peor para usted! —aulló el tal Begg, exaltado. Sus venas, en la amplia frente medio calva, se hincharon como nunca—. ¡Le degollaré si lo intenta! ¡Su sangre será para nuestro tributo a Satán!

—Inténtalo —sonreí duramente, sin dejar de moverme hacia ellos dos—. Pero si pensáis que, realmente, el Diablo está de vuestra parte, sois un hatajo de imbéciles ignorantes y necios. No, no puede ser así. Él es demasiado listo para confiar su poder a una horda de enfermos mentales, irresponsables y teatrales… Sois escoria. Gentuza. Un grupo de jóvenes dementes ebrios de sangre y de deseos reprimidos. Os hundís en la basura de vuestra lujuria torpe y de vuestra crueldad estúpida e innecesaria. Hacéis un rito y un culto de una serie de ideas que tienen más de política sectaria que de otra

cosa más ultraterrena y realmente demoníaca… ¡Marchaos de aquí, necios, antes de que el verdadero Diablo arremeta contra vosotros, quizá como menos os lo figuráis! ¿No habéis pensado que Satanás elige siempre a sus adversarios, como elige a sus aliados, y no hace concesiones a los que usan su nombre sólo para ridículas pantomimas sin sentido?

Vuestra maldad es torpe e inútil. Y no hay nada peor que la inutilidad, incluso para el mal, estúpidos.

—¡Ya basta! —rugió el llamado Begg, rabioso, espoleado por los insultos despectivos que yo le dirigía. Y se precipitó sobre mí, enarbolando su espada para decapitarme con su filo pintado de escarlata y cubierto de signos cabalísticos.

Era justamente lo que yo había buscado. Sabía que un enemigo cegado por la ira, es mucho más fácil de vencer que uno sereno y dueño de sí. Cierto que se trataba solamente de una posibilidad, pero había que intentarlo por cualquier medio.

Resultó, al menos de momento. La espada silbó junto a mí cabeza. Yo salté a tiempo, de lado, y simultáneamente disparé mi pierna contra su hígado, golpeándole de lleno en él. Se quedó sin aliento, y clavó su espada en la baranda de la escalera.

Rápido, mientras él tosía y jadeaba, falto de aire para respirar, contraída su faz por el impacto en su hígado, estiré el brazo y aferré la espada, arrancándola de la barandilla.

Su compañero emitió un aullido de ira, y lanzó contra mí sil temible cuchillo de larga, aguda hoja centelleante. Oí silbar el arma, y me agaché instintivamente, ya con la espada simbólica en mi mano.

Me rozó los cabellos al pasar. Eso quería decir que, de haberme alcanzado, me hubiese perforado el tórax limpiamente. El hombre que arrojó el cuchillo era un asesino. No vacilaba en matar. Tampoco su compañero.

Rápido, me precipité hacia él, espada en mano, avisando a Virginia con voz ronca:

—¡Sube! ¡Ve al piso alto, pronto! ¡Deja esto en mis manos!

Me encaré con los dos enemigos. Uno de ellos aún tosía, tratando de recuperarse a su impacto en el hígado. El que me lanzara el cuchillo, vaciló. Luego, intentó huir.

No dudé en descargarle un mandoble con el acero rojo en un

hombro. De haber querido, le hubiese partido el brazo, pero sólo traté de inutilizarle. Y lo logré. El filo hendió su túnica y su carne. Brotó un chorro de sangre, violentamente, y emitió el herido un aullido de dolor, al sentir el tajo virulento en su cuerpo.

Se precipitó por la ventana, sin dejar de gritar, dejando tras de sí un rastro de sangre. Me volví hacia el individuo llamado Begg, el de la sotana negra y el medallón cabalístico.

Ya era tiempo. Ese tipo sí era peligroso. Muy peligroso. Había extraído algo de entre sus ropas, apenas recuperó el aliento. Algo con lo que se precipitó hacia mí, dispuesto a todo. Leí el odio y la crueldad en sus ojos. Deseaba matarme. Y se disponía a hacerlo.

Lo que llevaba en su mano era una larga aguja de acero, punzante y peligrosa. Vi la sustancia oscura, parduzca, que tenía de ese tono la punta de la aguja. Veneno, sin duda. Un simple roce, un leve pinchazo quizá… y eso significaría la muerte.

Begg lo confirmó con sus roncas, enfurecidas palabras coléricas:

—Voy a matarte, bastardo… Voy a dejarte muerto sólo con rozarte, hijo de perra…

Se precipitó sobre mí, como un alud. No parecía importarle que le atravesara con la espada. Y supe por qué. Aunque lograra eso, no evitaría que su aguja de acero me tocase, hiriendo mi piel. Eso sería suficiente para matarme.

Supe que no podía hacer nada, salvo matar, al tiempo de morir. Era la única salida…

* * *

No sé cómo sucedió. Quizá nunca lo sepa. Y si lo sé, no quiero pensarlo, para no enloquecer con nuevas sensaciones.

Pero lo cierto es que Begg no llegó jamás a herirme con su temible aguja venenosa. Ni yo necesité atravesarle con la espada, con cuyo hecho me hubiera convertido, con razón o sin ella, en un homicida.

Nada de ello fue preciso. Antes de nuestro choque sangriento, ocurrió algo. Algo insólito y dramático. Algo estremecedor.

Begg se detuvo en seco. Desorbitó sus ojos.

Algo, una fuerza inexplicable, que parecía brotar del propio, vacío, de la nada, le zarandeó brutalmente, alzándolo en vilo, en una levitación vertical, pasmosa. Movido por aquella energía

fantástica, pareció como si algo recorriera el interior de su cuerpo, porque rugió como un animal herido, boqueó extrañamente, y luego, de súbito, soltó su aguja de acero, y cuando forcejeaba con aquella invisible fuerza que le sostenía en tan absurda situación, ocurrió lo peor y más espeluznante de todo.

¡Sus huesos emitieron crujidos atroces, su cabeza giró hacia atrás, sobre sí misma, hasta reventar todos los huesos y cartílagos de su cuello, en un chasquido horrendo! Cayó fláccida la cabeza a un lado, tras aquel hecho alucinante, casi fuera de sus órbitas los ojos, y por entre los labios crispados brotó un chorro de sangre negruzca. Cayó como un pelele a tierra, a mis pies, y observé que no sólo su cuello, sino sus piernas y brazos, estaban inarticulados, triturados todos sus huesos.

—Dios mío… —susurré, horrorizado, dando un paso atrás. De mi mano cayó el espadón rojo, y Archie sollozó, aterrado, mientras Virginia contemplaba demudada la escena y, tras palidecer intensamente, puso sus ojos en blanco, exhaló un gemido, y se desplomó inerte en el piso alto.

De modo simultáneo, vi a Stenko erguido en la puerta de la casa, contemplando con mirada muy fija e inexpresiva la terrible escena. Su mano derecha apretaba con fuerza el crucifijo colgado sobre su pecho…

—Cielos, señor Kyle, ¿qué ha sucedido? —preguntó roncamente —. ¿Qué significa todo esto?

Yo no contesté de momento. No hubiera sabido qué decirle.

CAPÍTULO VI

El «Land Rover» era pequeño pero útil. Alrededor nuestro saltaba el agua torrencialmente, cada vez que los neumáticos se hundían en profundos charcos o zonas enfangadas de las desiguales rutas entre abetos, camino de Carden Grave. Nunca una corta distancia me resultó tan larga como en esta ocasión.

Stenko era un buen conductor, especialmente en recorridos rurales y con aquel tiempo infernal. Sabía eludir los peores puntos del terreno y el vehículo, pese a sus características, saltaba poco en las desigualdades que el mal estado del suelo acentuaban notablemente.

Le miré varias veces de reojo. La luz de los faros dibujaba su perfil nítidamente contra los contornas fantasmales de arbustos y arboledas, a nuestro paso. Era como un negativo formado por los recortes de árboles y de matojos, sobre el negro intensísimo de la noche borrascosa.

Alrededor nuestro, la lluvia era un torrente, y su redoble en el toldo del vehículo, era casi ensordecedor.

Estábamos ya cerca de Garden Grave cuando rompió el silencio Stenko:

—¿En qué está usted pensando, Kyle?

Le miré sobresaltado. Casi había llegado a pensar que viajaba solo en aquel coche, tal era el silencio dentro de la cabina del «Land Rover».

—¿Yo? —Me encogí de hombros—. Creo que sobran las cosas en qué pensar, padre…

—Sí, eso es cierto —entornó sus ojos, preocupado, desviando el coche para abordar un sendero angosto, en declive hacia alguna parte, en lo más frondoso de la cumbre—. Pero yo me pregunto algunas cosas sobre lo ocurrido últimamente en su casa, Kyle…

—Sí, lo supongo. Yo mismo me lo estoy preguntando todo el tiempo… y no lo entiendo.

—Dijo que esos hombres eran… *Gypsy Jockers*, ¿es cierto?

—Lo eran, sí. Fanáticos endemoniados.

—Vi ayer una furgoneta pintarrajeada, cubierta de motivos demoníacos, de llamas, calaveras y símbolos satánicos… —suspiró el parapsicólogo—. Me imaginé que eran algo así. No había dos jóvenes, sino cuatro o cinco. Todos con esas absurdas túnicas y sotanas, con espadas, libros metafísicos y todo eso… Pero no imaginé que fueran tan peligrosos, aunque esa clase de individuos siempre lo son en potencia.

—Realizan actos horribles en su liturgia especial. Matan. Sacrifican animales. O personas. E incluso se comen un corazón humano (*Rigurosamente cierto. Es el llamado banquete litúrgico de los sectarios de Satán*). Es la forma de iniciar a los neófitos en su secta. Es monstruoso, señor Stenko.

—Todo lo malo es monstruoso —asintió mi compañero de viaje, en la noche tormentosa—. Pero ocurrió algo más, Kyle. Ese individuo era un asesino, un ser malvado y cruel. Sin embargo, algo peor que él mismo terminó con su vida. ¿Qué fue?

—No lo sé. No puedo saberlo, señor Stenko.

—¿Está seguro? —Giró el rostro hacia mí sólo un momento. Luego, siguió conduciendo, imperturbable—. Creí que sí lo sabía…

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Si no se le ha ocurrido idea alguna, no merece la pena discutirlo. Mire: estamos llegando a la casa. Todo está preparado. Aunque me pregunto…

Dejó la frase en el aire. Le apremié, curioso:

—¿Qué?

—No, nada —se encogió de hombros—. ¿Siente miedo a algo especialmente, Kyle?

—Supongo que no. El miedo es un sentimiento que he dejado atrás hace mucho tiempo. Especialmente, cuando soy yo quien está en el riesgo metido. He vivido fechas difíciles: revoluciones, guerras civiles, terremotos, naufragios, magnicidios, sabotajes… Nunca tuve miedo por mi vida.

—Ahora no hablaba de su vida, Kyle, y usted lo sabe.

—Sí, padre, lo sé… —Bajé la cabeza. Reflexioné unos momentos

en silencio. Luego, miré de soslayo a Stenko. Añadí, tras una corta pausa—: No logro entenderlo…

—No entiende… ¿qué?

—Ya sabe a qué me refiero. Lo ocurrido con Begg, ese sectario… Es horrendo. No pudimos comunicar con la policía para informarles. Archie estaba presente. Y esa chica… Pero dudo que nos crean.

—Yo también estaba presente —dijo con tono apacible el parapsicólogo.

—¿Sí? —Clavé en él los ojos—. ¿Y podría jurar lo que vio?

—Podría jurarlo, claro —suspiró—. Pero ya sabe lo que la policía piensa de nosotros. Creen que falseamos ciertas cosas en nuestro propio beneficio. Yo, sin embargo, sólo les diría lo que vi. Fría y escuetamente. Sin interpretarlo, Kyle.

—Ya. ¿Y qué vio?

—Lo mismo que todos, imagino. Un hombre entregado a prácticas demoníacas, sufre un raro ataque. Puede ser epilepsia. Un estado de paranoia especial, crea una crisis psíquica. El sujeto sufre un estado de levitación súbita. Luego, se desmorona. Muere.

—Con los huesos triturados. Con el cuello vuelto, roto. ¿Eso se explica clínicamente?

—Puede explicarse todo, siempre. No deje volar su imaginación, Kyle. Existen fenómenos de catalepsia, de telequinesis; de una serie de increíbles circunstancias físicas y psíquicas. La parapsicología no es aún una Ciencia. Pero intenta explicar muchas cosas.

—¿Todas?

—No, no todas —me miró tristemente, reduciendo la velocidad del «Land Rover»—. Pero no espere convencer a nadie de que el Diablo le ayudó a salvar su vida frente a ese tal Begg. El exorcismo que estoy practicando en Dyan Bedford, es una excepción. A mucha gente le cuesta creer en el Diablo. Incluso nosotros, aunque sea nuestro secular enemigo, Kyle.

—A mí, no. Ya lo vi una vez. O creí verlo…

—Exacto. Creyó verlo. Si alguna autoridad médica o religiosa le interrogase, diría justamente eso. ¿Probaría algo? Nada. Absolutamente nada. No importa que sea seglar o religioso. Se exigen pruebas.

—Pruebas… Yo las tuve una vez, en Mesopotamia. Sé que luche contra él…

—Yo le creo. Pero no todo el mundo haría lo mismo. Usted no pudo verle. Nadie lo ve. Sin embargo… tal vez esté pensando que esta tarde estuvo allí. Ante usted. Ante mí, ante todos nosotros… Tal vez piense que él mató a Begg…

—Sí. Lo pienso —asentí.

—Yo también —declaró inesperadamente Stenko—. Ya hemos llegado. Baje, por favor.

Miré afuera. Entre la lluvia, descubrí las paredes ruinosas, cubiertas de hiedra, de Carden Grave. Los faros del vehículo se proyectaron crudamente sobre sus formas viejas, gastadas y tristes. Dentro, en alguna parte, sonó un alarido, una risotada. Y luego, una larga retahíla de palabrotas y de procacidades sin fin.

Reconocí la voz. Puse un pie en un charco. Me protegí mejor con mi pelliza impermeable y mi caperuza. Stenko bajó por el otro lado. Nos miramos un momento.

—¿Dyan? —pregunté.

—Sí —afirmó—, Dyan.

—¿Está igual?

—Peor —apagó los faros y cerró el coche—. Vamos, Kyle.

Eché a andar tras de él. Entramos en la casa. El portón de recia madera se cerró tras de mí. Tuve la sensación de que una especie de cripta me acogía en su fondo. Quizá para no salir jamás. Quizá. Pero no me importó demasiado. Caminé tras de Stenko. Las risas y gritos continuaban. De pronto, se convertían en berridos espeluznantes. Súbitamente, todo eso cesó. Hubo un repentino mutismo. La casa entera pareció muerta.

—¿Qué sucede ahora? —quise saber.

Stenko se detuvo delante de mí. Giró la cabeza. Me miró, cuando encendía la luz del amplio vestíbulo. Sonrió, moviendo su cabeza patriarcal.

—Otra vez los sedantes —murmuró—. Cada vez más dosis. La pobre criatura apenas si lo soporta. Pero no hay otro medio. Ahora no sólo hay eso. Está atada. Encadenada.

—¡Encadenada!

—No tema, Kyle. No somos inquisidores. Son otros tiempos. Hay otros medios de exorcizar en estos casos. O de intentarlo, cuando menos. Las cadenas son necesarias. Si le damos libertad de acción, es imprevisible lo que pueda hacer. Además… necesitamos estar

solos.

—¿Solos? ¿Usted y yo?

—Sí. Usted y yo.

—¿Lo estaremos, realmente?

—Espero que sí. He tomado todas las medidas posibles. Tal vez se me escape algo, pero no lo creo, Kyle. Sígame. Tenemos preparada la habitación donde podremos cambiar impresiones en solitario.

En la escalera, apareció el doctor Bedford. Nos dirigió una mirada triste. Señaló hacia arriba. La casa era grande, oscura y fría. También húmeda. Pese a ello, tenía muebles confortables y ardía un fuego alegre en un hogar esquinado.

—Duerme. Pero ha sido difícil, padre… —musitó—. Sus fuerzas aumentan por momentos. Y su lenguaje es cada vez más repugnante, más soez y horrible… Además, además devuelve cosas hediondas, verdes o amarillentas… Y se ensucia encima…

—Ya se lo dije, Bedford —susurró el sacerdote—. Debe soportarlo todo. No hay remedio posible para esas manifestaciones. Dios quiera que lo haya para lo demás…

Dejamos atrás al médico. Evidentemente, Stenko sólo quería estar reunido conmigo. Abrió una puerta de recia madera. Dio una luz. Entramos. Él cerró tras de sí, y giró la llave y pasó el pestillo. Luego, corrió una espesa cortina sobre la puerta. Nos quedamos solos ambos. Ante una mesa y un par de sillas. Había una estufa encendida en un rincón. Miró los muros.

Cortinajes con motivos religiosos. Cruces. Estampas bíblicas. Rosarios, Agua bendita en una pila, a la entrada.

Me dio un crucifijo. Me lo puse, pensativo. Un ejemplar de los Evangelios estaba sobre la mesa, entre ambos asientos. Y una enorme imagen de Cristo clavada en el muro, en Su Crucifixión.

—Siéntese, por favor —me pidió—. Puede que aquí estemos a salvo.

—¿Es seguro que no podrá llegar a nosotros?

—No. Ni mucho menos. No crea en supersticiones de populacho, Kyle. Es demasiado inteligente para eso.

—El Diablo no siempre huye ante la Cruz: ni ante los símbolos de la Religión. Creo que se ha adaptado a esos recursos demasiado bien. Pero puede ser válido.

—Es un riesgo más a correr, Stenko.

—Uno más… —Se encogió de hombros—. Creo que eso importa poco, amigo mío. Hablemos.

Lo que el Enemigo no sepa, intentará adivinarlo. Y es lo bastante astuto para acertar, no lo dude. Puede engañar a cualquiera. Incluso a mí. Confundir al hombre es su misión de siempre. Si es cierto que lo tuvo una vez frente a sí, debe saberlo bien…

—Sí —me dejé caer en el asiento, Afirmé despacio, inclinando la cabeza—. Lo sé muy bien, padre… Puedo recordar aquellos días en Mesopotamia. No sé cómo empezó todo, pero algo me dijo que las cosas iban mal. No me equivoqué.

Oswald Stenko se acomodó frente a mí.

Entrelazó sus dedos, tras persignarse en silencio. Yo le imité. Él me invitó, parsimonioso, casi indolente:

—Por favor, Kyle… Cuénteme todo. ¿Cómo supo usted que se enfrentaba a semejante clase de adversario… y cómo llegó a vencerle, o a imaginar que le vencía?

—Es una extraña historia, padre Stenko. Muy extraña. Y empezó justamente tras excavar el viejo templo de Marduck, el Diablo de los babilónicos…

* * *

«Janet quiso acompañarme en aquella expedición a Babilonia. Era un viaje mitad científico, mitad aventurero. Acompañamos a unos excavadores de viejas ruinas históricas. Pero la misión mía y de Janet era puramente informativa. Yo estaba preparando un libro sobre Mesopotamia y sus viejas civilizaciones. También, incluso, sobre la posibilidad de la existencia de viajeros extraterrestres en ese lugar del mundo, considerado cuna de la Humanidad.

»Creo que fue un error permitir que mi amiga Janet, una muchacha frívola, pero inteligente y arriesgada, viniese conmigo a aquel lugar. Lo cierto es que pensé en peligros, en riesgo. Pero jamás en el que iba a presentarse durante nuestra permanencia en las ruinas de Babilonia.

»Janet encontró la estatuilla negra en una de las galerías excavadas por los científicos anglo-iraquíes que patrocinaban la acción en aquellos lugares. No sé por qué, insistió repetidamente en que se le permitiera conservar la figurilla. Los expertos aceptaron,

sin demasiada resistencia por su parte. Yo creí reconocer el idolillo, y así se lo dije a los arqueólogos, que asintieron sin demasiada convicción. Era Marduck. Y Marduck, usted debe saberlo, padre, era el espíritu maligno más poderoso de la Religión mesopotámica; es decir: el Diablo, por antonomasia.

»No me gustó que Janet se quedara con la figura, pero ella insistió tanto que no tuve otro remedio que acceder. Poco después, comenzaron los fenómenos extraños. Empezaron las fiebres. Fiebres siempre altas, acompañadas de frecuentes delirios. La ayudé cuanto pude, así como un médico iraní y otro inglés que formaban parte de la expedición. No sirvió de mucho.

»Las fiebres siguieron en aumento, y comencé a preocuparme. Además, el hecho de que de repente comenzara a pronunciar palabras extrañas, insultantes incluso, demostrando un raro odio hacia los demás, y especialmente hacia mí, llegó a causarme una profunda inquietud que en vano trataba de combatir.

»Un día, me atacó…

»Fue un ataque extraño, sorpresivo. Momentáneamente, me quedé petrificado. No supe qué hacer, y a punto estuve de ser su víctima. No sé si me hubiera causado algún daño, pero lo cierto es que lo intentó. Y con suma violencia. Estaba delirando un poco antes, en su lecho, cuando se incorporó con energía imprevisible y, esgrimiendo un cuchillo, se precipitó hacia mí. Pude detenerla, golpearla. Fue un golpe capaz de derribarla por mucho tiempo, en absoluta inconsciencia. Sin embargo, no cayó. La seguí golpeando, como si fuese un hombre fornido, y siempre resistía, mientras reía y me lanzaba injurias increíbles al rostro. Fue una experiencia horrible. Por fortuna, el médico iraní entró mientras luchábamos. Pudo aplicarle una inyección y reducirla. Cuando la vi inconsciente, aún dudaba de que fuera posible lo que había sucedido poco antes…

»Eso fue solamente el principio, Stenko. Siguieron cosas más extrañas y aterradoras aún. Pocos días después, tras un paréntesis de aparente calma, reaccionó de nuevo con violencia. Esta vez hirió a uno de nuestros guías seriamente. Eso colmó la paciencia de los demás nativos, que desertaron, dejándonos solos en las excavaciones mesopotámicas.

»A partir de entonces, Janet hablaba en sueños, en voz alta. Se

la veía cubierta de sudor, transfigurada, y a veces pronunciaba palabras horribles. Eran una mezcla de obscenidades y palabrotas, indignas de una mujer civilizada y culta. Empecé a sentirme angustiado e incapaz de luchar con lo que aún consideraba yo una enfermedad causada por los calores y sequedad del clima en que nos hallábamos.

»Hasta que el médico iraní descubrió el idolillo.

»Se lo quitó cuando ella estaba inconsciente, tras una nueva inyección de poderoso sedante. Me lo mostró. Estaba profundamente preocupado. Y me contó quién era realmente el enigmático y terrible Marduck.

»Me aconsejó llevarme de allí a Janet. Lejos de Mesopotamia. Lejos de las excavaciones. Lejos de la otra gran estatua de Marduck que, en negra piedra basáltica, había aparecido días antes en una galería de las excavaciones. Una enorme estatua oscura y misteriosa, reproducción fiel de la cual el pequeño amuleto que Janet había insistido en conservar.

»Cuando Janet descubrió que le faltaba la estatuilla, su reacción fue terrible. Estrelló un *jeep* en las rocas, y me amenazó con marcharse de allí inmediatamente. Accedí, recordando los consejos del médico iraní. Esa misma noche… el médico nativo estaba muerto. De una misteriosa enfermedad que nadie supo definir, pero que su colega inglés definió como un ataque cardíaco, producido por las altas temperaturas y el exceso de trabajo. El doctor iraní tenía la estatuilla de Marduck. La busqué, sin lograr hallarla en parte alguna.

»Janet regresó, pidiéndome perdón y prometiendo ser más dócil y tranquila en lo sucesivo, pasado el período de nerviosismo a que atribuía sus singulares reacciones. Cometí el tremendo error de creerla. Pero ¿cómo podía yo imaginar lo que siguió, Stenko?

»Repentinamente, fui yo quien empecé a sentirme enfermo, dominado por la fiebre. Luché contra el mal desesperante, ayudado por la quinina, la presencia de Janet y la del médico británico. Tuve alucinaciones horribles, en las que veía mi alma en unas manos negras y pétreas, las del ídolo babilónico, lanzada luego al fuego eterno del Infierno, en tanto el rostro del demonio reía y reía… hasta convertirse en la faz de Janet, con una hiriente risa digna de alguien satánico.

»Por supuesto, imaginé que era solamente fruto de mi actual estado febril, una simple serie de delirios sin sentido… hasta que el médico inglés habló conmigo. Me dijo confidencialmente, en un momento de lucidez total, que había descubierto la causa del mal de Janet. Era algo escalofriante: la estatuilla. Su poder. Lo que ella simbolizaba. ¡El Diablo mismo!

»El Diablo…

»Naturalmente, no creí una palabra. Lo tomé a broma. El médico prometió traerme pruebas más tarde, aquella misma noche. Me administró una sobredosis tremenda de quinina para que me hallara despierto. Él aseguraba que, en tanto el idolillo estuviera en poder de Janet, ella estaría poseída por Satanás. Y que mi dolencia, la muerte del colega iraní y las heridas del guía, así como el hecho de hallarnos solos ahora, era todo debido a la misma causa: su voluntad. Que no era la tuya, naturalmente, sino la de quien la poseía. Tardé en entenderlo. Pero no creí una palabra, por supuesto. Él me prometió volver con esas pruebas y demostrármelo todo. Había estudiado algo de Religión, además de su carrera médica… Sabía de lo que hablaba, me dijo.

»Debí creerle. Pero eso lo supe más tarde. Esa noche. Cuando, al no llegar a verme, le busqué personalmente. Y le encontré. Muerto, Stenko. Muerto. ¿Y sabe cómo? Igual que ha visto usted a Begg, el endemoniado… ¡Con el cuello quebrado, la cabeza vuelta, los huesos pulverizados por una fuerza satánica…!

»Entonces lo supe. Estuve seguro. Era cierto. Él me dijo la verdad. No podía admitirlo, pero tenía que ser así. Janet Y alguien dentro de ella. Un ser corrupto y horrible: un demonio. Marduck o quien fuese. ¡El propio Satán…!

»Traté de jugar mi baza. Seguí fingiéndome enfermo, febril. Robé quinina al médico muerto. Me inyectaba o tomaba tabletas yo mismo. Estaba alerta, dueño de mí, aunque parecía agonizar. Janet me visitaba a menudo. Entonces me dormía. O lo fingía. Nunca en mis falsos sueños capté nada delator, que revelase la verdad sobre su actual estado. Y puse en práctica otro truco para descubrir la verdad. Su verdad. Conecté un magnetófono bajo su lecho. Esperé. Aún no quería creer lo que me dijera el infortunado médico inglés. Y sucedió justamente un día antes de abandonar Mesopotamia. Entonces recuperé el magnetófono. Escuché la grabación de una

noche bajo el lecho de Janet…

»Dios mío, padre… Siento horror y vergüenza de sólo recordar las obscenidades atroces, los juramentos y promesas soeces intercambiadas entre la voz de Janet… y otra voz ronca, horripilante, diametralmente opuesta… pero que salía también de SU propia garganta… Un compañero, experto en acústica y sonido, me lo confirmó. Identificó el lenguaje indescifrable del otro interlocutor, como un viejo dialecto babilónico, olvidado en la noche de los tiempos… Pero sé, amigo Stenko, que todos esos fenómenos pueden explicarse científicamente, no se moleste en decírmelo. Sólo que yo… yo creía estar seguro de que no había allí ciencia alguna, sino puro satanismo. Satanismo real, cierto. No se trataba de alucinaciones ni fanatismos. Ni visiones ni histerias. Era él. ÉL, ¿entiende, Stenko? Y me dispuse a enfrentarme al único ser a quien jamás admití como real.

»EL DIABLO…

»Aún recuerdo aquel momento supremo. Cuando Janet se inclinó sobre mi lecho portátil, a punto ya de abandonar las ruinas, de regreso a la civilización. Parecía que la fiebre me ahogaba virtualmente. Era como un delirio precursor de la muerte. Una pura ficción. Había usado estimulantes del doctor inglés. Y quinina. Y mucho teatro. Y bloqueé mi propia mente para no ser interpretado por mi Enemigo…

»Luego, de súbito… alcancé a Janet. Fingí besarla, abrazarla. Ella era en ese momento una mujerzuela, sensual y pervertida. No era ella, claro. Yo sabía quién provocaba eso, quién disfrutaba enfangándola en lo sucio y en lo perverso…

»Le arranqué de sus ropas aquella figura negra. El idolillo fatal. Gritó ella, con una voz terrorífica, que jamás olvidaré. Me cubrió de procacidades mientras trituraba su figurilla de piedra negra, con un trozo de piedra verde que hallara en las ruinas y que me había probado ya antes la dureza de su puro granito, pese a su extraño color.

»Me arañó, me golpeó, me insultó terriblemente… Pero al final, era sólo una pobre y llorosa criatura, tendida en el suelo, jadeante, agotada, rota en sollozos… En ese momento, Stenko, estuve seguro de haber vencido al Diablo. Estuve totalmente seguro de ello.

»Pero días después, cuando Janet acababa de ser enviada en

avión a un sanatorio europeo, para recuperarse de su terrible trance pasado, mientras sepultaba en la tierra mesopotámica, convertido en simple polvillo, el resto de la estatuilla diabólica, creí captar un extraño sonido en el aire. Como los ecos de una lejana carcajada desafiante. Algo que volví a escuchar el día que me iba definitivamente de allí… Entonces creo que supe, por vez primera, que aquello no era el fin, sino el principio. Que, por una oculta razón que yo no podía conocer, me había enfrentado a alguien que no perdonaba un fracaso. Y que, alguna vez más, en el futuro, volveríamos a encontrarnos…

»Creo que, por desgracia, ese futuro no se ha hecho esperar demasiado.

»Y ya nos hemos encontrado de nuevo, Stenko…».

* * *

—Sí, Kyle. Se repite la situación —afirmó el parapsicólogo—. Pero mucho más grave ahora. Mucho más difícil… aunque esta vez no sea su amiga o su novia quien está metida en el dilema.

—Eso no importa —murmuré—. Es un ser humano, a fin de cuentas. Una mujer, de nuevo. Pero el Enemigo es el mismo.

—Exacto. ¿Dónde está ahora esa muchacha… Janet?

—Sufrió un accidente en San Bernardino. Está hospitalizada.

—Hospitalizada… —Me miró, extrañamente—. Un accidente…

—Sí —arrugué el ceño, preocupado—. ¿Ve algo raro en eso?

—No sé… Los designios del Mal son también difíciles de escudriñar, Kyle… Janet accidentada, su viaje a estas montañas, la chica perseguida por la policía, los satánicos del grupo de Begg, el rayo… Todo parece formar parte de un mismo mosaico, aunque sean piezas diferentes. Empiezo a sentirme como un simple comparsa, Kyle…

—¿Usted, Stenko? Dese cuenta de que es un parapsicólogo metido a exorcista…

—Sí, Kyle. Ya lo sé. Pero usted… usted es la VICTIMA elegida por el Diablo. Es a usted a quien quiere vencer. Y yo, Dyan, absolutamente todos… no somos sino el vehículo elegido por el Adversario para destruirle…

Le miré. Lo malo es que no había nada que yo pudiera decirle. Porque, desgraciadamente, Stenko tenía razón. Lo sabía. Yo era el

enemigo a batir. Y creo que, virtualmente, estaba batido ya de antemano.

Sobre todo, cuando conocí la breve historia de Oswald Stenko, y su alucinante experiencia con Dyan Bedford, la endemoniada sobrina del doctor Bedford.

CAPÍTULO VII

—Está explicado en pocas palabras, Kyle —comenzó Stenko su relato—. Mi amistad con el doctor Bedford data ya de hace muchos años. Él salvó la vida a mí madre, en cierta ocasión, y eso nunca pude olvidarlo.

»Es un buen hombre y un excelente médico, Kyle. Cuando acudió a mí, confesando que no era capaz de conseguir nada positivo con la dolencia, aparentemente inexplicable, de su sobrina Dyan, creí que se había vuelto loco. Más tarde, conocí el proceso del caso, y empecé a comprenderle mejor.

Hizo una corta pausa. Luego, Oswald Stenko prosiguió con su tono apacible:

—Hasta hace poco tiempo, Dyan era una muchacha sensible emotiva y llena de imaginación, pero nada más. Saludable y optimista, parecía la viva imagen de la salud y de la vida misma. Luego, súbitamente, surgió el mal. No tuvo un proceso escalonado ni lento. Se presentó de improviso. Ahora sé que fue a las pocas fechas de haber vuelto usted de Mesopotamia.

—Dios mío… —susurré, con una extraña opresión en mi pecho.

—Él la trató normalmente, y luego, temiendo algún trastorno psíquico, recurrió a un amigo neurólogo posteriormente a un psiquiatra y, por último, a un psicoanalista. No consiguió nada positivo.

Dyan ofrecía alteraciones mentales asombrosas, desdoblamientos de personalidad casi increíbles, especialmente en una criatura de su comportamiento habitual hasta entonces. El proceso fue a más, lógicamente, hasta presentarse los delirios con alteración de voz, procacidades, lenguajes extraños, levitaciones, influencias sobre objetos y muebles, hasta moverlos ruidosamente de sus lugares, imprecaciones e injurias gravísimas contra lo divino. Ahí empezó ya

el período crítico… y recurrió a mí. Me asombró que un hombre como el doctor Bedford, materialista, práctico y nada imaginativo, pensara que algún diablo se había apoderado de su sobrina, y quizá necesitara de un exorcista.

Hubo un nuevo silencio, y le contemplé, estrujando nerviosamente mis dedos sobre la mesa, entre un crucifijo y un recipiente con agua bendita. Ante nosotros, las imágenes y símbolos religiosos eran como un cerco protector contra la influencia adversaria. ¿Sería suficiente, después de todo? —Volví a preocuparme, sin hacerle partícipe de mis temores.

—Visité varias veces a Dyan. Lo hice, precavido —continuó Stenko—. No todos los casos extraños son siempre casos de posesión.

Hay que delimitar entre la paranoia, el histerismo, la parapsicología, los fenómenos naturales, y lo que ya no es natural… Tras esas visitas, mis dudas seguían. Todo podía explicarse racionalmente. Es lo malo de los actos de… del Diablo. Puede hacernos dudar. Incluso convencernos de que no existe. Pero interiormente, algo me decía que sí hacía falta el exorcismo. Bedford era un convencido, pero con sumo tacto y recelo, me autorizó a comenzar, dentro de muchas reservas, el proceso de exorcitación de Dyan Bedford.

—Y comenzó usted, Stenko… ¿justamente aquí?

—Confieso mi torpeza. No sé por qué, el doctor Bedford insistió en un lugar aislado y solitario, donde ocultarme a la curiosidad de los demás, y ocultar así todos nuestros actos con Dyan… No sé por qué, acepté. La idea parecía buena en principio. Ahora sé que no era cosa suya.

—¿Quiere decir que… que hubo una influencia ajena que les condujo aquí? —musité.

—Está claro como el agua, Kyle. Es USTED su objetivo… Quiere derrotarlo. Humillar al hombre que le venció en Mesopotamia una vez. Tendió una sutil tela de araña. Todos quedamos prendidos en ella. Estoy seguro de que mi intento de exorcismo fracasará.

—Stenko, ¿ésa es toda la fe en la ayuda de Dios que es capaz de tener usted?

—No. Soy capaz de poseer toda la fe del mundo. Pero el caso es obvio. Se siente fuerte. Lo bastante fuerte para vencerme. Influyó en

el doctor Bedford, una vez poseída Dyan. Me convenció a mí indirectamente, para venir a este paraje.

Ahora es usted su adversario. Sacrificará a todos, con tal de escarnecerlo. Le hará trizas, Kyle. Es un juego diabólico, siniestro. Incluso la propia Dyan me parece a veces como un monigote, pensándolo bien. No le importa destruir a quien sea, si usted es destruido a la vez. Está a punto de conseguirlo, ¿no se da cuenta?

—Stenko, no me gusta su pesimismo —dije, sin poder dominar un estremecimiento.

—Quisiera hablar de otro modo. Pero lo de hoy, en su casa, me ha convencido, de una vez por todas…

—¿Qué quiere decir con eso? —Le miré fijamente, con una expresión que no sé si debió de preocuparle más todavía.

—Tengo la seguridad, Kyle, por fantástico que le parezca… de que ese endemoniado, Begg, fue muerto precisamente por Satanás… Sí, Kyle. Él mató a ese hombre, salvándole a usted de morir. ¿Por qué? Es obvia la conclusión. Usted no es, precisamente, un hombre que haya vendido su alma al diablo y sea protegido por él… Por el contrario, es su enemigo. Le venció una vez, lejos de aquí. ¿Por qué querría él salvarle la vida, si no fuera para… PARA ENFRENTARSE DESPUÉS A USTED Y VENCERLE?

Su conclusión me horrorizó. Pero lo malo es que supe que era la verdad.

La terrible verdad.

Justo en ese momento, la puerta de nuestro pequeño santuario religioso, se abrió bruscamente, pese al pestillo y al giro doble de la llave en la cerradura. Un soplo de viento gélido y maloliente penetró en la estancia. Una carcajada demoníaca nos conmovió a ambos.

Dyan Bedford, cubierta de llagas, convertida su faz en una máscara de pavor, se enfrentó a nosotros, con una mueca de escalofriante maldad en su rostro convulso.

* * *

—¡Cerdos! ¡Bastardos asquerosos! ¡Sucios tramposos! —Nos insultó.

Recibí un salivazo repugnante, que me estremeció de asco. Luego, Dyan se precipitó sobre Stenko, con sus garras por delante,

presta a arañarle, quizá a desgarrar su rostro…

El sacerdote levantó prestamente el pocillo de agua bendita y se lo tiró encima. Dyan chilló, cubriéndose la cara y dando un paso atrás. Quizá eso salvó a Stenko de una suerte poco envidiable.

Yo, por mi parte, me incorporé, sin saber qué hacer, contemplando asombrado el pestillo aún corrido, la cerradura encajada… Se había abierto la puerta forzando ambos sistemas sin tocarlos siquiera… Aquel soplo helado que entró con la joven rubia, era ahora un aire fétido, nauseabundo, que producía arcadas.

Stenko se había levantado de su asiento velozmente, tomando en su mano el crucifijo, para encararse a aquella cosa horripilante que era ahora Dyan. Sin importarle su aspecto repugnante y los insultos procaces que le dirigía la posesa. Stenko comenzó una larga letanía de salmos y de palabras sagradas, invocando a todos los diablos a abandonar el cuerpo de la víctima humana elegida, en nombre de Dios y de la fe cristiana.

Evidentemente, el Diablo había endurecido sus métodos en los tiempos actuales. Se resistía a abandonar el cuerpo elegido, y éste, además de ser un repulsivo compuesto de podredumbre, odio y ferocidad, constituía un serio peligro para todos nosotros.

Porque, súbitamente, vi a Stenko retroceder, con ojos dilatados; boquear, como buscando el aire suficiente para respirar. Su mano soltó el crucifijo, exhaló un gemido ronco, invocó algo en latín… y luego se desplomó de bruces, ante mi gesto de horror sin límites.

Dyan exhaló una larga carcajada, de sonido ronco, estentóreo y malévolo. Una voz, un sonido vocal que jamás podía ser suyo, pero que ahora brotaba de su boca crispada.

Se volvió hacia mí. Me miró, con aquellos ojos horribles, blancuzcos, goteando lágrimas y sangre… Me señaló con un dedo rígido, huesudo, amenazador. Su voz bronca, bestial, me impresionó:

—Y ahora, puerco… ¿qué esperas hacer contra mí? ¡Howard Kyle, el orgulloso vencedor de un pobre diablo antiguo, perdido entre ruinas de Babilonia! ¡Ven a mí, vamos! ¿Qué puedes hacer contra mí… El Diablo? Viste caer a tu amigo, ese hipócrita maldito… Estás solo, Kyle…: Sólo FRENTE A MI. ¿Esperas repetir tu victoria de Babilonia? ¿No lo vas a intentar siquiera, pequeño idiota engreído?

Miraba a aquella criatura que alguna vez fue dulce. Había ido preparado esa tarde. No me sorprendieron sus palabras ni sus actos. Estaba dispuesto a todo. Incluso a morir, pero entregando mi vida en holocausto por una lucha que consideraba ya cuestión de orgullo personal. Y también de vida o muerte…

Dyan no parecía esperar lo que hice. Y no me refiero a Dyan, sino al monstruo que llevaba dentro, bajo su envoltura femenina y hermosa.

Mi mano emergió rápidamente de mi amplia gabardina, que en ningún momento me había quitado, durante mi charla secreta con Stenko. Ella retrocedió un paso, con un berrido repugnante, y trató de clavarme sus uñas en los ojos.

Mientras eludía con un salto agilísimo, inesperado para ella y para su poseedor, el contacto peligroso de sus aceradas uñas, esgrimí el objeto que había extraído y que, aparentemente, era un arma mortífera, un estilete agudo, de empuñadura en cruz… con el que infligí a Dyan Bedford un corte sobre su pecho.

Brotó la sangre del tajo superficial en su piel. Me miró, con ojos desorbitados por la ira, y se contempló luego el juvenil seno herido. Trató de decir algo, con aquel bramido ronco y soez que utilizaba para hablar:

—¡Sucio bastardo! ¿Qué pretendes…?

Vaciló. La vi moverse torpemente, girar sus ojos, boquear. Luego cayó de bruces. Se quedó inmóvil, no lejos de donde yacía Stenko. Miré a ambos. Luego oí pasos presurosos en el exterior. Asomó alguien a la estancia cubierta de motivos religiosos. Era el doctor Bedford. Contempló, atemorizado, los dos cuerpos yacentes. Me interpeló, con angustia en su voz:

—Dios mío, Kyle, ¿qué sucede…? Mi sobrina… Stenko…

—Por ella, no tema —suspiré, bajando el estilete agudo—. Sólo está desvanecida. Y permanecerá así varias horas. Embadurné este arma en un narcótico muy potente apenas entra en contacto con la sangre. Le diré su nombre, para que lo entienda… En cuanto a Stenko, no sé… Tal vez ella lo fulminó. Y usted sabe a quién me refiero, aunque diga ella… Veamos si está sólo inconsciente… o su corazón le ha fallado en esta pugna diabólica…

Por fortuna, su corazón resistió. Pero el doctor Bedford dijo que estaba muy débil, víctima de un colapso, acaso provocado por el

Enemigo. Dyan tenía al menos para seis o siete horas de reposo continuado.

Y, cosa rara: las postillas, purulencias y grietas sangrantes y fétidas de su rostro y manos, estaban desapareciendo rápidamente de su piel. Aunque yo sabía que eso era sólo momentáneamente, casi me sentí feliz. Miré aquel cuerpo, que ahora el Diablo no podía utilizar contra mí.

Miré en torno. Un soplo de viento frío y húmedo del exterior, agitó los cortinajes de motivos religiosos. Las llamas del hogar crepitaron, despidiendo chispas. Me estremecí.

Sabía lo que había tras ese soplo de aire frío y amenazador. No todo era la noche ni la tormenta. Él continuaba allí todavía. Estaba seguro de ello. Cerca. Muy cerca…

Subimos a ambos al piso alto de Garden Grave. Los acomodamos en habitaciones diferentes, pero cercanas. El doctor Bedford inyectó a Stenko un estimulante cardíaco, y pareció complacido por su reacción.

—Esto va bien —dijo—. Responde al tratamiento. Creo que está fuera de peligro, por el momento.

—Me alegro, doctor —suspiré—. Perder a Stenko, hubiera sido un mal irreparable. Para usted… y para mí.

—Estamos totalmente de acuerdo, Kyle… Le prepararé algo de cena, amigo mío, si piensa quedarse un poco más con nosotros…

—Creo que me quedaré toda esta noche —confesé con un suspiro—. O, cuando menos, hasta muy avanzada la madrugada…

—Excelente. Su compañía me va a servir de mucho, Kyle. Esta soledad de ahora me aterra. Supongo que querrá quedarse junto a Stenko…

—No. Cuide usted de él, doctor —dije, pensativo—. Yo prefiero velar a su sobrina Dyan.

* * *

Un par de tabletas estimulantes, con un trago de agua, sirvieron para despejarme un poco, alejando el sueño y el cansancio.

Quería que mis ojos y mi cuerpo respondieran, al menos durante aquella noche. Cierto que los incidentes y emociones habían sido excesivos, pero confiaba en que pudiera soportarlo sin dejarme vencer por la fatiga.

Seguía velando a Dyan, la joven sobrina del doctor Bedford, y creo que ni él mismo o sus propios padres hubieran vigilado más atentamente que yo su respiración, el ritmo acompasado de su pulso, los levísimos movimientos de su cuerpo en reposo, nuevamente ligado y encadenado, aunque bien sabíamos todos que la muchacha podía librarse de todas las ligaduras y sujeciones habidas y por haber, en cuanto sufría otra de aquellas extrañas crisis demoníacas.

En reposo, parecía un ángel, una criatura dulce, apacible y serena. Como sin duda debía de ser antes de que las primeras evidencias de la posesión diabólica se hicieran realidad ostensible en ella. Antes de que, inicialmente, surgieran las anormalidades que hicieron pensar en un caso psiquiátrico, para terminar convirtiéndose en un evidente hecho situado más allá de la razón y de la propia Ciencia…

—Pobre Dyan —musité en voz muy apagada, acariciando suavemente una de sus manos cruzadas sobre el pecho—. Si pudiera hacer algo por ti, muchacha…

Lo malo era eso: que ni yo ni nadie podían hacer cosa alguna por ella. Hasta Stenko comenzaba a dar pruebas de un cansancio peligroso, de una fatiga física y mental como palpable muestra de lo duro, descarnado y terrible de aquella batalla contra las fuerzas de las sombras, contra los poderes del Mal, introducidos con palpitante vida y atroz virulencia en aquel infortunado, miserable cuerpo humano que, de otro modo, hubiera sido el de una chica normal, llena de juventud, de alegría, acaso de femenino atractivo. A su edad, ciertamente —no pasaría de diecinueve años, bien seguro estaba de ello—, esto era lo peor que podía sucederle. La posesión demoníaca, de prolongarse, terminaría inexorablemente con ella.

Si eso sucedía, sería mi fracaso. Mi gran fracaso. Y la apertura de una oscura puerta de posibilidades infinitas y alucinantes.

El Diablo me estaba retando desde su hediondo mundo de tinieblas y de frío mortal. Aquél era sólo el principio del reto. Una posesión, una vida, una pesadilla aterradora. Pero… ¿y luego?

La sola idea me angustiaba. Las posibilidades me estremecían. Realmente, tenía miedo. Y lo sabía. Lo sabía él. Y eso era peor aún…

Dyan dormía. Dyan reposaba. Alrededor mío, todo era silencio.

Aún podía recordar el gesto de extrañeza y desorientación en Avram Bedford, doctor en Medicina. Él creía que no tenía interés ni necesidad alguna permanecer junto a la paciente, en vez de ir con el infortunado Stenko.

Sin embargo, yo había elegido esto último. El doctor no lo entendía bien. No importaba. Yo me entendía, y eso bastaba.

La noche era oscura y fría allá fuera. No cesaba la lluvia. Pero ahora no tronaba ni se veía fulgor de relámpagos. Sin embargo, el diluvio era torrencial. Me pregunté qué estarían haciendo ahora Archie, Martha y Virginia. ¿Descansarían? ¿Temerían por mí? ¿Estarían ellos a salvo?

No podía olvidar a los satánicos, al grupo estúpido y peligroso de allá fuera, los jóvenes sectarios de la furgoneta pintarrajeada, los ropajes grotescos y los actos criminales, con su afán de pedir la vida y el corazón de Virginia para sus horrendos ritos. Tal vez la muerte de Begg y las heridas de su compinche les tuvieran a raya. Además, Archie se había quedado con mi revólver. Esperaba que supiera utilizarlo oportunamente. Yo no podía estar en ambos sitios a la vez. Y ésta era otra lucha. La que me planteaba a mí un adversario muy distinto. Todo lo demás, formaba parte de su escenario, de su elección de personajes y de situaciones.

Tenía que recordar lo que dijera Stenko.

Desgraciadamente, era así: estábamos siendo juguetes de él. Nos manejaba a su antojo, por el momento. Había elegido el campo de batalla. Y todo lo demás. Sabía lo que hacía. Se sabía cerca de la victoria. Yo lo presentía.

—Por favor…

Me erguí de repente. Escuché. La voz me llegó de nuevo:

—*Por favor… Ayúdeme…*

No movía los labios. No sabía si era ella. Pero era su voz. Estuve seguro de eso. Brotaba de aquel cuerpo inerte, fatigado, en reposo. La voz de Dyan. La auténtica voz de la chica…

—Ayúdeme… Quiero… vivir… Este horror… este monstruo… quítelo de mí…

Me incliné sobre ella. Espié su rostro, terso e inmóvil, sus labios yertos.

—Dios mío… —musité con un escalofrío, solo en aquella habitación, junto a la figura yacente de Dyan Bedford—. Tiene un

momento de lucidez. Está razonando. Pide ayuda… Es ella la que la pide, no el otro…

Oprimí sus manos frías. Alisé sus cabellos rubios, lisos, largos y mojados. Cubrí como mejor pude los jirones de su vestido. Musité entre dientes:

—No temas, Dyan, criatura. Te ayudaré, Con todas mis fuerzas… Lo juro. Te prometo hacer lo imposible por vencerle, por arrancarle de ti, de tu cuerpo…

El cuerpo respiraba levemente bajo mi contacto. De repente, tuve una rara intuición y alcé la cabeza. El escalofrío erizó mis cabellos.

Sus ojos azules estaban abiertos ahora. Me miraba fijamente. Con una extraña fijeza.

De repente, me arrojó al rostro una bocanada de insultos. Y emitió un grito agudísimo, una carcajada hiriente, acompañada de un berrido donde escupió palabras insultantes:

—¡Cerdo! ¡Rata sucia y asquerosa! ¡Inútil, fracasado! ¡Nunca, NUNCA librarás este cuerpo! Y lo sabes… Como sabes que estás perdido. ¡Perdido, igual que el asqueroso parapsicólogo miserable!

Retrocedí, jadeante. Otra vez aquella risa.

Me hería los oídos. Brotaba de labios de Dyan. Pero, de nuevo, ya no era ella. El momento de lucidez humana, había pasado. Sólo unos instantes había llegado a conocer a la auténtica Dyan. Y sentía por ella una pena inmensa…

—¡Yo soy el vencedor! —Aullaba ahora, con su vozarrón increíble—. ¡He triunfado, Kyle! ¡He triunfado sobre todos! ¡El tonto ese va a morir! ¡Tú serás derrotado, aplastado por mi poder! ¡Ya nunca más podrás enfrentarte a él! ¡Nadie me ha vencido ni me vencerá, bien lo sabes…!

Se agitaba frenética en el lecho. Temblaba la cama, bailaban los muebles alrededor, crujían los muros y se agrietaban… Su rostro era una babeante máscara de odio, de placer insano, de morbosos apetitos. Como si fuese el retrato mismo de Dorian Gray, empezaba a salpicarse, a llenarse de nuevo de lacras y estigmas purulentos, lo mismo que sus manos, repentinamente rugosas y deformes, engarfiadas y crueles.

Destrozó ligaduras y cadenas, al incorporarse en un fenómeno delirante de levitación. Me levanté despavorido, corrí hacia la

puerta, retumbando las risas diabólicas en los muros, en mis propios oídos dañados, en todo mi ser, hasta ensordecerme con ecos profundos en mi propio cráneo…

Y huí.

Estúpido, cobarde de mí… ¡huí de aquella habitación como alucinado en el paroxismo de mi terror, de mi angustia! Me precipité fuera de la sala, aun sabiendo que eso era lo que él quería, que mi pánico, mi humillación, mi derrota, era lo que más podía complacer al espíritu satánico poseído de Dyan Bedford.

A mis espaldas, las paredes de Garden Grave continuaban crujiendo, agrietándose misteriosamente bajo la influencia de un poder surgido de las tinieblas. Las risas y procacidades del poseedor de Dyan, resonaban en toda la casa.

Corrí cuanto me fue posible, alcanzando a ver una puerta cercana abierta. Miré en su interior. Stenko reposaba, inmóvil, sumido en su sopor. Me acerqué, le moví un poco, captando sólo su respiración apacible, pausada. Los sedantes… Las medicinas… No, no podía contar con él ahora. No podía tampoco forzarle, conducirle a una muerte segura. Su corazón podía fallarle tan fácilmente…

Salí de allí, y sufrí un espasmo. Dyan, rígida, riente, demoníaca, convertida en un espectro aterrador, avanzaba por el pasillo, en pos mío, señalándome con dedo rígido, ululando palabras horrendas y blasfemas… Lívida y deformada, era la imagen misma del Mal, la personificación del horror.

Corrí. Huía todavía más cobarde y vilmente. No podía evitarlo. Me sentía acosado, derrotado, virtualmente roto… Otra habitación cercana me mostró una escena todavía más espantosa e increíble…

Se trataba del doctor. El doctor Avram Bedford. Tendido en su lecho, de través, con la cabeza caída, colgando a un lado de la cama… ¡roto su cuello, girado su rostro como si hubiese sido retorcido por un torno! Y sus miembros todos, triturados, aplastados…

Estaba muerto. Muerto por él. Por el Diablo. Pero… ¿por Dyan? No, no pudo ser Dyan la posesa que hizo esto. Yo estuve TODO el tiempo junto al cuerpo yacente de Dyan Bedford. Ella, su físico, NO PUDO ser el instrumento que utilizara el Enemigo para aniquilar al médico…

Y Stenko… ¿Por qué Stenko no había sufrido ataque alguno? ¿No se atrevía? ¿No tenía suficiente poder para alcanzarle? ¿No podía o no quería entrar en contacto con él porque le confundía con un religioso, con un servidor de Dios, su peor y más fuerte enemigo?

No sabía nada de eso. Sólo sabía que estaba huyendo. Escapando, dejando a Dyan y a Stenko en la encrucijada, a merced de aquel monstruoso ser diabólico, sin intentar siquiera luchar, como hice en Mesopotamia, algún tiempo atrás…

Mi terror era más fuerte que yo. Mi derrota, era inapelable. Y bajo la máscara de la muchacha posesa, él reía, reía, reía…

Me detuve de súbito, jadeante, angustiado, mirando despavorido hacia la puerta. Todo mi cuerpo tembló con una sacudida repentina. Y no supe a qué temer más.

Si al Diablo que venía en pos de mí, con su alucinante apariencia actual… o a aquellos tres individuos inquietantes, pintarrajeados de rojo, vestidos con túnicas y caperuzas negras, esgrimiendo largos y afilados estiletes rituales… y entre ellos, indefensa, sangrando por varios cortes y heridas de su cuerpo, mojado, envuelto en jirones de ropa… ¡Virginia Tatcher!

—Procedamos al ritual —dijo uno de ellos, mirándome colérico y soltando una risotada—. ¡Abrid el pecho de esta mujer delante de su protector y extraed caliente su corazón ensangrentado para que nuestro nuevo adepto lo devore en su presencia!

Y señalaba al tercero del siniestro grupo, un jovenzuelo imberbe, ridículamente cubierto de pinturas su rostro, afeitado el cráneo, dilatados los ojos de poseso, de neurótico quizá a la espera del bárbaro acto de hemofagia y canibalismo.

Eran ellos. Los *Gypsy Jockers*. Los pretendidos siervos consagrados a Satán…

—Virginia… —susurré—. ¡Oh, no, no…!

Ella se limitó a mirarme entre sollozos, vencida como yo mismo, rota su resistencia, sin duda, por satanismos de otro tipo que, dramáticamente, venían a converger en la misma noche del auténtico aquelarre de Satán.

CAPÍTULO VIII

Miré atrás, buscando con mis ojos a Dyan. No la encontré.

La posesa se había ocultado súbitamente, quizá ante la presencia de los tres ridículos y salvajes servidores del Mal.

Estábamos solos, en el vestíbulo de la casa, los sectarios, su prisionera y yo.

—¿Qué sucedió con Archie? —pregunté roncamente—. Virginia, ¿qué ha ocurrido en La Sierra?

—Muerto —sollozó ella—. Archie fue muerto por estos bárbaros… Yace bañado en sangre…

—¡Oh, Dios mío…! —Musité, contemplando las muecas triunfales y agresivas de aquellos jóvenes asesinos—. Sois peor que bestias… No os dais cuenta de la clase de amo y señor que habéis elegido. Él fue quien aplastó a Begg con su poder. No sé por qué, pero lo hizo. Tal vez porque sois demasiado viles y torpes para complacerle. Él es diferente. Mucho más sutil, más maligno, más inteligente y poderoso… Nunca podríais ser sino comparsas, aunque eso sí, bañados en sangre humana derramada. Es la cámara de gas lo que merecéis, no ser adorados ni respetados. Soltad a esa mujer. ¡Soltadla inmediatamente, o vuestro propio credo se volverá contra vosotros!

—Está loco —dijo uno, despectivo—. Deja que vea el sacrificio. Si lo soporta, liquidadle luego. Está desarmado. No podrá matar a ninguno de nosotros, como hizo con Begg…

—Estúpidos. No maté a Begg. No fui yo.

—Entonces, sería ella —señaló uno de los sectarios a Virginia—. Está poseída del demonio, pero no por actos rituales, sino porque es una arpía… Mató a uno de nuestros jefes en Nevada. Y hoy mató a Begg, seguro.

—No, no es cierto —sollozó Virginia—. Yo no lo hice. ¡No lo

hice! Soy inocente… Aquel hombre, en plena tormenta… ¡murió ante mis ojos, al crujir su cuello, romperse en pedazos su espina dorsal, y caer su cabeza con los ojos desorbitados, como si pendiera de un simple hilo! ¡Yo no lo toqué! ¡Juro que no es cierto que le golpeara, como dicen, con un mazo o un martillo, hasta romperle el cuello y la espina dorsal! ¡Se lo causó solo, como le sucedió hoy a Begg delante mío! ¡Yo no lo hago! ¡No lo hago, es falso! ¡Soy inocente, soy inocente!

Aquel hombre de Reno merecía mil veces la muerte. Era abyecto, vil, quería someterme a aberraciones increíbles… Era un sacerdote de ritos satánicos estúpidos y criminales. Pero aquello, nada tenía que ver con el verdadero Diablo. Quise escapar, sentí miedo… Y, de repente, sucedió. Hubo un destello, un estampido. En alguna parte cayó un rayo… y el hombre estaba muerto, como aplastado por una fuerza tremenda e invisible. ¡Juro que es verdad todo eso! ¡Lo juro…! ¡Oh, Howard, por el amor de Dios, sálvame de estos bárbaros asesinos…!

La escuchaba con incredulidad. Era la primera vez que sabía lo que había ocurrido exactamente allá en Reno, Nevada… Un relato espeluznante de una muerte que no era un crimen normal ni un hecho científicamente explicable. Pero yo sabía lo que sucedió. Lo sabía mejor que nadie…

—Virginia… —susurré—. Virginia, esa noche… el Enemigo te protegió… como lo hizo hoy conmigo, cuando Begg me atacaba… ¿por qué, Virginia? ¿Por qué…?

Ella me miraba, con sus enormes ojos abiertos, sin entender, sin saber qué decirme, entre aquellos tres individuos armados, dispuestos a sacrificarla ferozmente ante mis propios ojos, tras escuchar con escepticismo y gesto de sarcasmo el alucinante relato de la muchacha acusada de asesinato por la policía de dos Estados.

—Ya basta —cortó uno de ellos, enérgicamente—. ¡Termina con el ritual, Pete!

El llamado Pete alzó el estilete agudo sobre Virginia. Sorprendentemente, ella miró con patetismo la hoja de acero, sin gritar ni clamar nuevamente por su vida. Yo intenté salvarla de aquella suerte sangrienta y cruel.

Salté sobre los endemoniados, olvidando casi totalmente va, la existencia a mis espaldas de un hombre en estado de coma, de un

médico muerto por los poderes diabólicos… y la existencia, en alguna parte, de una mujer poseída por esos mismos poderes.

Uno de ellos esperaba esa reacción mía. Se volvió con celeridad, golpeándome con algo que llevaba en su mano, aparentemente desnuda. Recibí un terrible zurdazo, y sentí correr la sangre en mi boca. Caí, sintiendo que todo me daba vueltas, que el dolor estallaba en mi rostro, y que estaba a punto de desvanecerme.

Los nudillos de aquel salvaje, tenían una cobertura especial, hecha de cuero con remaches de acero. Era milagroso no haber perdido mentón y dientes en el golpe.

El llamado Pete iba a clavar ya su acero en el pecho indefenso de Virginia. Sólo el neófito de cráneo rapado y rostro estúpido y en trance, permanecía inmóvil, como ajeno a todo, aguardando el acto brutal de la hemofagia canibalesca.

Y ni yo ni nadie podían evitarlo…

* * *

El acero descendió hacia el pecho de Virginia Tatcher.

Un momento después, la sangre brotaría incontenible y la vicia escaparía por aquel corte asesino, mientras ellos procedían a su feroz ritual inhumano.

Tendido en el suelo, intenté lo imposible, me erguí a medias, mientras mi contrincante se disponía a utilizar de nuevo sus reforzados nudillos contra mi rostro, impunemente.

Creo que nunca olvidaré ese momento, esa escena, que pareció quedarse grabada, congelada en mi mente, como un fotograma cinematográfico.

Tampoco es fácil olvidar lo que siguió después. Ni aun viviendo siglos podría uno dejar de pensar en ello…

Fue como un huracán invisible. Como una fuerza ciclópea repentinamente introducida en la casa. Un azote del Averno, precipitándose inexorablemente… sobre sus propios siervos.

Los gritos de los tres jóvenes, coincidieron evidentemente con el contacto invisible de aquel poder sobre ellos. Se miraron entre sí, buscaron en torno, como tratando de averiguar qué sucedía, qué era lo que estaba golpeándoles, levantándoles del suelo, a los tres a la vez, en un acto de levitación impresionante y terrible.

Les vi bailotear en el vacío, mientras chascaban sus huesos

horriblemente. Por sus fosas nasales comenzó a fluir la sangre oscura, y luego entre sus labios crispados. Algo, una fuerza demoníaca, pavorosa, enloquecedora, estaba TRITURANDO sus huesos todos, masacrando sus cuerpos dentro de la envoltura de piel y carne.

Luego, finalmente, cayeron a tierra, mientras sus cabezas giraban inverosímilmente sobre el eje crujiente de sus cuellos. Chascaron las espinas dorsales, las vértebras cervicales emitieron un escalofriante crujido, y luego las cabezas colgaron fláccidas, como si jamás hubieran tenido un soporte ni hubiesen estado rígidas, rematando los cuerpos jóvenes y vigorosos…

Terminó la tragedia en un silencio demoledor, patético, que aún parecía más profundo por su contraste con los recientes alaridos de agonía de los satánicos, con el crujir de huesos rotos y con el gotear tumultuoso de su sangre, fluyendo del cuerpo desgajado, desmembrado increíblemente por aquella fuerza infernal, surgida de la nada y materializada en el vacío.

—Dios… Dios… —susurré, entre la sangre que llenaba mi boca, escupiendo rojos salivazos en tanto intentaba incorporarme. Miré a Virginia que, muy pálida, pero serena, tranquila, como si ya hubiese perdido toda capacidad de asombro o sobresalto, había sido testigo quieto, rígido, de la horrible escena vivida. Me incorporé, me aproximé a ella unos pasos—. Virginia… ¿Qué puede estar sucediendo? ¿Por qué… por qué tú y yo… no podemos ser atacados por esa gente? ¿Qué es lo que nos protege…?

—No sé… —musitó ella—. No sé…

Ni siquiera me miraba. Parecía absorta, muy lejana en sus pensamientos. Yo insistí:

—Virginia, tú viste esto mismo en Reno —ante su asentimiento, añadí—: Y yo esta tarde, en Begg… Y después, en el doctor Bedford, aquí mismo… Y ahora… Son crímenes, Virginia. Crímenes horrendos, aunque ellos merecieran morir. Me refiero a estos chicos, a aquel hombre de Reno…

Pero el doctor Bedford… Sólo trataba de salvar a su sobrina de una suerte espantosa… ¿Por qué, Virginia? ¿Por qué tú y yo… nos libramos de nuestros adversarios de este modo? ¿Por qué han de ayudarnos, si quien nos ayuda nos odia y desea nuestro fin? Yo sé que es él, Virginia. Es él, si… Pero ¿por qué? ¿Por qué ataca por un

lado… y defiende por otro? No tiene sentido. Desea destruirme, no salvarme. Yo sé que esa clase de ser no hace jamás nada noble ni generoso. Hay algo… algo oscuro, detrás de estos hechos. No sé si ocurren para nuestro bien… o por nuestro mal, Virginia…

—¿Nuestro mal? —se volvió despacio, me miró con patetismo. Luego, espontánea, resueltamente, se arrojó en mis brazos con un sollozo, me aferró a mí, besó mis manos, mi pecho, y sentí el llanto humedecer mis ropas—. Oh, Howard, no me abandones… No me dejes nunca. Y ahora, menos que nunca… Te necesito. ¡Te necesito, Howard! ¡Vámonos de esta casa que parece maldita! Howard, quisiera permanecer siempre a tu lado, sentirme protegida por ti…

—Sí, Virginia, criatura… —Acaricié sus cabellos suavemente. La atraje contra mí—. No temas nada. Quizá sea incapaz de defenderte de todo peligro, como se ha demostrado esta noche. Pero intentaré ayudarte en todo. En todo, muchacha…

Alcé su rostro. Acerqué mis labios a los suyos. Ella me contempló tiernamente, con sus ojos húmedos, muy abiertos y dulces…

—¡Atrás, Satanás! —gritó la voz, potente y exasperada, a mis espaldas—. ¡Atrás para siempre, espíritu infernal, poder nefasto de las tinieblas! ¡Yo te conjuro para que te manifiestes en tu auténtica naturaleza! ¡Yo te exorcizo en estos momentos, en nombre del Señor…!

Virginia gritó, asustada. Yo giré la cabeza, atónito, sin comprender lo que sucedía.

Vi arriba, en el piso alto, asomado a la baranda, sobre el vestíbulo ensangrentado, la figura tambaleante e imprecisa de Oswald Stenko. Enarbolaba la Cruz, y con ella se dirigía, lívido y tembloroso, pero firme y decidido, dispuesto a morir en el ejercicio de su misión, hacia… hacia nosotros dos.

No logré entenderlo. Pero pronunció palabras en latín, clavando sus ojos en alguien… y aquello sucedió.

Para mi horror, Stenko tuvo, esta vez, éxito completo. El Diablo manifestó su auténtico rostro.

Junto a mí, escuché un alarido terrible, un berrido blasfemo después… y un frío profundo me envolvió, tocándome viscosamente. Sentí un hedor repugnante, una hedionda fetidez junto a mis fosas nasales…

Miré a Virginia Tatcher. La dulce Virginia Tatcher, de ojos color de miel y rojos cabellos…

Lo que vi en ella, me hizo soltarla vivamente, lanzando un alarido de pavor.

CAPÍTULO IX

Era ella.

Ella. Ella era… Satanás mismo. O su imagen.

La imagen del Mal. De la Fealdad. De la Oscuridad. Del Horror y de la Muerte. De lo corrompido y lo impío. De todo lo perverso y todo lo nefasto.

Virginia… ya ni siquiera era Virginia. La mutación se producía rápida, terriblemente.

Era una alteración infinitamente más tremenda que la sufrida por Dyan Bedford durante sus crisis demoníacas…

Porque el dulce rostro de la muchachita a quien recogiera en mi coche durante aquel viaje a las montañas, hecho sólo unas horas antes y, al parecer, realizado hacía ya siglos, era ahora la máscara misma del horror y de la inmundicia. Emitía gruñidos confusos, miraba la Cruz con terror, y su faz toda era como una pura lacra, una masa informe de purulencias y de costras inmundas. Como una leprosa, su carne se desprendía de sus brazos, repentinamente fláccidos y huesudos. La boca era una mueca, un rictus goteando baba y emitiendo quejidos.

La letanía de Stenko continuaba, implacable. Virginia se retorcía bajo su impacto una y otra vez, como si se sintiera herida de muerte. Vi algo en la mano izquierda de Stenko, pero no atiné a saber qué era, aunque allí parecía leer el parapsicólogo lo que su boca musitaba con tan increíble éxito…

—Virginia… —musité—. Dios mío, tú también… Estabas poseída… El Diablo estaba asimismo en ti… como está en Dyan Bedford…

Me miró como un monstruo herido. Cayó de bruces súbitamente a mis pies con una convulsión. Antes de quedar inmóvil, sobre un charco verdoso y hediondo que fluía de su cuerpo todo en

descomposición, una débil, apagada voz de mujer brotó de aquella masa informe y repugnante:

—Perdón… Perdón, Howard… Yo no tuve… la… culpa… Hacía tiempo ya… Y yo… yo era la trampa… Ho… ward… venciste… otra vez…

Dejó caer brutalmente la cabeza sobre el pavimento. Chocó sordamente. Se quedó quieta. La toqué, pese a mí repugnancia.

Quizá porque aquella masa horrible había sido un día una mujer joven y hermosa. Como Dyan podía terminar en breve…

—Pobre criatura… —susurré. Me volví lentamente hacia Stenko. Oswald bajaba la escalera lentamente, tambaleante aún, muy pálido, apoyado en la barandilla de la escalera—. También ella… Y está muerta. ¿Era preciso matarla? ¿No había otra forma de realizar su exorcismo, liberando a esta pobre muchacha?

—No, Kyle. No había otro medio. Porque ella misma era ya el poder de Satanás. Lo sabía. Sabía que tenía que haber otra explicación para todo. Dyan era el señuelo. El cebo. Ocupados, absorbidos por ella, no nos dábamos cuenta de que en otro lugar se agazapaba el gran Enemigo. Usted era el precio, Kyle. Su víctima predilecta, elegida de antemano… Marduck no perdona. Y Marduck es, después de todo, un nombre más del mismo ser. El que usted y yo conocemos por otros nombres.

—Pero… ¿qué pretendía? —gemí.

—Estaba claro. —Stenko llegó abajo. Caminó hacia mí. Yo fui a su encuentro para ayudarle—. Virginia había dejado de ser ella misma hacía mucho tiempo. Era una reencarnación, una más de nuestro común Adversario. Por eso el hombre de Reno murió como murió, al pretender hacerla daño. Le bastaba su poder, sin tocar a nadie. Usted ha presenciado ya dos experiencias que lo prueban. Le salvó la vida en su finca, Kyle, porque para el Diablo, no era una victoria real el permitir que uno de esos individuos le asesinara. Y aquí, se salvó a sí mismo, acabando con esos tristes y trágicos comparsas a los que, evidentemente, desprecia.

—Y ahora… Virginia está muerta.

—Sí. Ella es la que está muerta. El otro, no. Ése… no muere. Se limita a huir, a abandonar el cuerpo que le sirvió de refugio. El exorcismo se ha cumplido, aunque trágicamente, por desgracia. No había ya otra solución. Virginia, virtualmente, había dejado de ser

ella misma hacía mucho tiempo. Eso es lo que deja de su paso nuestro Enemigo: carroña, miseria humana, lágrimas y sangre…

—Pero ella nunca se mostró poseída…

—Amigo mío, los recursos y trucos de nuestro Enemigo son infinitos. Uno de los motivos de su poder, es el saber fingir que ni siquiera existe. Se manifestaba en Dyan, porque ése era su propósito, Kyle. Así, mientras tanto, ¿quién de nosotros podía sospechar que había otra persona realmente POSESA por el espíritu mismo de las Tinieblas?

—De modo que la trampa era ésa: atraerme hacia Virginia, hacerme unir quizá a ella, desposarme un día con… con una cosa horripilante, que me haría enloquecer al manifestarse en su auténtica naturaleza…

—Sí, Kyle —asintió el sacerdote—. Me temo que ésa era la gran jugarreta de su enemigo de Mesopotamia… Primero accidentó a su amiga Janet, luego situó a Virginia en su camino, y el resto fueron simples detalles.

Quizá el único factor con el que no contó, fue con esa pandilla de precoces asesinos fanatizados, esos esquizofrénicos entregados a un culto, a la aberración, pero que él no respeta ni estima, tal vez porque su modo de entender el Mal es mucho más profundo y eterno, infinitamente más sutil y eficaz…

Reinó un silencio apacible. Miré arriba, a la habitación del doctor Bedford. Susurré:

—El doctor… el doctor está muerto. Como ésos —señalé a los jóvenes inarticulados—. ¿Acaso fue Dyan, su sobrina, quien…?

—No. No pudo ser Dyan. He visto a Bedford… La fuerza de Virginia le aniquiló. Siempre era ella quien la desarrollaba, no Dyan…

—¿Y ahora… qué será de la muchacha?

—También la he visto arriba —sonrió débilmente Stenko—. Estaba como en trance desde que entró Virginia aquí. Eso me hizo sospechar. Luego, mientras yo pronunciaba el exorcismo, Kyle… vi de soslayo cómo exhalaba un profundo suspiro… y caía en su lecho. Creo que, si no me equivoco, está liberada ella también. Ahora ya no tiene objeto la posesión. Por la sencilla razón, Kyle, de que usted… usted ha vencido de nuevo.

—¿Yo? —Parpadeé.

—Sí. Por segunda vez. Quizá definitivamente. El… él no soporta dos humillaciones seguidas. No volverá a retarle, Kyle. Y aunque lo hiciera, sabe que estaría perdido, porque usted posee el arma capaz de vencerle, aunque jamás lo supo.

—¿Yo? ¿El… el arma? —musité, aturdido. Miré a Stenko—. Es usted quien ha sido el vencedor de este duelo. Usted triunfó con su exorcismo…

—No, Kyle. Nunca hubiera podido vencer sin usted. Sin un factor ignorado por mí…

—¿A qué se refiere? Ella… —señalé a Virginia, a lo que quedaba de ella—. Ella dijo, al liberarse definitivamente… que había vuelto a vencer. ¿Acaso estaba ella en lo cierto, padre?

—Sí. Ella dijo la verdad, Kyle.

—¿Cómo puede explicarme eso?

—Del modo más sencillo del mundo —sonrió el parapsicólogo mirándome con sus penetrantes ojos—. Mire, Kyle. Esto es suyo.

Abrió su mano zurda. Vi lo que había tenido todo el tiempo entre sus dedos, lo que yo no atiné a ver durante el terrorífico exorcismo final.

—¡La piedra verde! —exclamé, sin comprender.

—Exacto, Kyle. La piedra verde. Algo que usted guardó consigo como un simple amuleto, sólo porque con esa piedra había triturado la estatuilla negra del Demonio Marduck de los babilónicos… liberando a Janet, su joven amiga.

—Y al parecer, ha sido un amuleto…

—No. Yo no creo en los amuletos. Pero cuando usted vino a esta casa conmigo, y me relató la historia de su lucha en Mesopotamia contra el Enemigo, me mostró la piedra y la dejó en la mesa, olvidándola totalmente. Yo no la olvidé. La tomé para examinarla, convencido, como estaba, de que no bastaba destruir la estatuilla negra de Marduck para liberar a Janet de su poseedor. Y entonces lo comprendí.

—Comprendió… ¿qué?

—Mire esta piedra. Está grabada. Tiene signos babilónicos. Escritura remota, que yo entiendo bastante bien, porque forma parte de mis estudios. Mezclé las invocaciones que aquí figuran, y que son de carácter religioso-filosófico, con mis exorcismos en latín. El efecto fue fulminante, como me esperaba. Y quien se ocultaba

bajo la envoltura de Virginia Tatcher, se manifestó inmediatamente…

Tomé la verde piedra de las ruinas mesopotámicas. La contemplé, fascinado.

—Dios mío… —susurré—. Es la piedra… El arma capaz de vencerle…

—Esa piedra no es sino un mensaje del señor, llegado a través de los tiempos —sentenció gravemente Stenko—. Dios dejó a sus criaturas una muestra de su sabiduría, en forma de invocación para vencer al espíritu del Mal. A veces, todo consiste en saber hallar e interpretar esas muestras… Y, por fortuna, en esta ocasión, usted y yo lo conseguimos…

Me limité a asentir, mientras mis ojos recorrían los diminutos signos grabados en la piedra, un milenio mensaje, escrito acaso por alguien que tuvo la luz de la Verdad, inspirada por Dios.

Y me pregunté quién había vencido, realmente, al Enemigo…

Final

El mensaje era escueto. El telegrama había sido puesto con carácter urgente en San Bernardino:

«Me encuentro, muy mejorada. Pronto saldré de la clínica. Saludos. *Janet*».

Resultó un alivio. Cuando menos, el accidente provocado por extrañas influencias, no naturales, había sido salvado sin consecuencias por Janet. Me alegraba por ella. Y por muchas cosas más.

Dyan Bedford leyó el mensaje. Me lo devolvió, sonriendo débilmente.

—¿Es tu novia, Howard? —preguntó con voz suave.

—Fuimos algo parecido. Sólo buenos amigos —me encogí de hombros—. Janet es una chica liberal. Creo que sería incapaz de casarse, por no perder esa libertad.

—Entiendo. ¿Y tú, Howard?

Miré a Dyan. La muchacha ofrecía ya un aspecto muy diferente, tras aquellas últimas semanas de recuperación en la montaña. Color grato en sus mejillas, gesto animado… y el olvido de pasados horrores en sus dulces ojos azules. Poco a poco, lo que borrosamente le parecía evocar a veces, en momentos de lucidez, iba difuminándose en su mente. La fatiga y el dolor, iban también borrando sus huellas sobre el cuerpo joven, vital y espléndido.

Martha tenía mucho que ver en eso. Gracias a su entereza, había soportado bien la pérdida de Archie, y se distraía cuidando de todos nosotros, especialmente de Dyan y de Stenko, a quien dejara muy quebrantada la salud la experiencia vivida, si bien pretendía seguir siendo un exorcista cuando la ocasión lo requiriese.

Ahora olvidados incluso los trámites policiales, que tan poco aclararon a la confusa autoridad, sobre los hechos y las muertes de aquel lugar, si bien todo tuyo oficialmente una explicación más o menos aceptable, Dyan y yo podíamos ir charlando, estrechando nuestros lazos de amistad, cada vez más sólidos y entrañables.

—No has contestado a mí pregunta —sonrió ella mirándome con picardía—. ¿Te casarías tú, Howard?

—Con Janet no, desde luego —asegure—. No seriamos felices. Ni formaríamos un buen matrimonio, En eso, ambos estamos de acuerdo. Creo que cuando le anuncie mi boda con otra chica, lo entenderá. Y hasta me felicitará a mí. Y a ella.

—¿Otra chica? —Pestañeó, asombrada—, ¿has pensado en casarte con otra mujer, Howard?

—En efecto. Lo he pensado.

—¿No me habías dicho nada de eso? ¿Y con quién vas a casarte?

—Con, una chica que aún no sé si me aceptara —sonreí.

—Bueno, eso es fácil saberlo. Pregúntaselo a ella.

La miré. Tras una corta pausa, disparé mi pregunta:

—Dyan… ¿quieres casarte conmigo?

Para mi asombro, ni se sorprendió. Respiró hondo, me tendió sus manos, oprimió las mías con fuerza, iluminó su rostro una sonrisa, y dijo dulcemente:

—Oh, Howard, cuánto tiempo ha pasado hasta que te decidiste, querido… Mi respuesta, es «sí»…

Y luego me atrajo hacia sí, besándome en los labios.

A partir de entonces, muchas veces me he preguntado si, realmente, ella y yo vivimos todo cuanto ahora ni siquiera dese recordar otra vez…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.